
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
TOPO-K
El fin de la base TITAN
por el PROFESOR HASLEY.

Profesor HASLEY

EL FIN DE LA "BASE TITÁN"



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

TIP ARTÍSTICA - VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

La noche era tranquila y el estado del mar no presentaba ninguna dificultad al avance de la embarcación.

Dan maniobraba con el timón según las instrucciones que le daban Hauer y el profesor Kinley, improvisados navegantes de la arriesgada expedición.

En la lejanía quedaba la ciudad de Nueva York, sumida en un profundo sueño bajo la niebla soporífera.

Los hombres de Helikón continuaban su terrorífica tarea, intentando dar con los fugitivos; pero éstos navegaban con rumbo a la isla de Nantucket, alejados, por el momento, del peligro de muerte que se cernía sobre sus cabezas.

—¿Puedo saber por qué nos dirigimos hacia ese islote? —preguntó el profesor.

Fue Hauer el que le dio la respuesta.

—Ese islote, próximo a las costas de los Estados Unidos, puede ser el sitio ideal para poner en condiciones el TOPO-K.

—Que yo sepa no es un refugio muy adecuado —comentó Charlie.

—Que usted sepa, no —sonrió Hauer—. Precisamente ése es el motivo de que yo pensara en él. Poco antes de sufrir la invasión de los hombres de Helikón, la isla de Nantucket quedó acondicionada como base para submarinos atómicos. El gobierno de los Estados Unidos habilitó una serie de bases secretas como puntos de reunión de la flota atómica. Algunas de ellas fueron instaladas en los

mismos Polos, otras en las costas del Océano Pacífico y del Atlántico.

—¿Y la isla de Nantucket es una de ellas?

—Así es, profesor.

—Yo no creo que sea un lugar demasiado oculto —intervino Guy.

—Aunque las actividades marítimas de los hombres de Helikón no son muy grandes —intervino Myriam—, sí que lo son lo bastante para tener bajo su vista este islote.

—En apariencia no es un buen sitio, pero sólo en apariencia. Ese islote está actualmente atravesado por un profundo túnel, donde se puede esconder una buena flotilla de submarinos perfectamente. La entrada al mismo es totalmente inaccesible para quien no conozca el secreto de su mecanismo.

—¿Quiere explicarme eso? —dijo el profesor.

—El túnel tiene su entrada a unos veinte metros por debajo del nivel del mar.

—¿Y cómo vamos a poder alcanzarla nosotros? —preguntó Guy.

—Hay un mecanismo que se acciona desde el exterior, el cual realiza una complicada tarea. En primer lugar hace descender unas compuertas que aíslan el interior de la gran cueva socavada en la roca, del mar que la circunda. Al mismo tiempo que desciende esta compuerta, sale de dentro hacia fuera, una poderosa corriente de aire que, empujando las aguas hacia el exterior, hace que descienda su nivel, abriendo un camino que permite la entrada a la socavada entraña del islote. La presión del aire está calculada para que el descenso se haga en un declive suave. Normalmente, los submarinos hacían la entrada en inmersión. Este dispositivo, se creó para el caso en que llegara algún submarino averiado y tuviera que introducirse por la superficie.

—¡Es magnífico! —dijo entusiasmado Guy—. Si es así, podemos estar seguros de poseer el mejor refugio que pudiera imaginarse.

—Allí intentaremos poner en condiciones al TOPO-K —intervino Dan—. El aparato se encuentra totalmente acabado y sólo falta ajustar algunas piezas y poner los torpedos atómicos en el dispositivo de lanzamiento.

Aquellas noticias aumentaron la esperanza de los arriesgados aventureros. El plan elaborado por Dan era sencillamente asombroso. Aquellos diez años pasados en la angustia se veían compensados por las tangibles posibilidades que se presentaban.

El barco siguió navegando en dirección norte. Se deslizó a lo largo de Long Island y forzó sus máquinas rumbo a la isla de

Nantucket.

Las sombras de la noche fueron disipándose y el doble sol, comenzó a asomarse por el horizonte.

—Llevamos mucho retraso —comentó Dan con aire preocupado —. Si nuestros enemigos deciden hacer una inspección aérea por estos alrededores, podemos darnos por perdidos.

—¿No podemos acelerar la marcha?

—Me parece que no, Guy. Ten en cuenta que no hemos podido elegir nuestra embarcación.

—Cuando sirvió para que escapáramos de la ciudad, me pareció maravillosa, pero ahora me doy cuenta que es un cascarón de nuez.

—De todos modos no se porta mal. Ten en cuenta que arrastramos con él la impotente mole de TOPO-K.

—Yo diseñé esa caja pensando en la ocultación del aparato —dijo Hauer—, pero no se me ocurrió pensar que tuviéramos que navegar con ella una distancia considerable. De haberlo pensado hubiéramos procurado darle una forma más apta para la navegación.

La situación no tenía otra alternativa y la aceptaron resignadamente.

Ricardo dejó a los hombres indispensables para que alimentaran las calderas del barco y distribuyó a los demás por la cubierta, dispuestos a entrar en acción si la ocasión se presentaba. De vez en cuando, revisaba personalmente los cables que sujetaban la gran caja en cuyo interior iba el TOPO-K.

El doble sol fue ganando altura en el horizonte, hasta iluminar por completo la gran superficie del mar.

Las horas fueron pasando y cada vez se hacía más insoportable la situación. Cuatro hombres vigilaban cada uno de los puntos cardinales, con el temor de ver aparecer en cualquier momento el penacho de humo de los barcos de guerra o la veloz silueta de los aviones.

—Son las cuatro de la tarde —dijo Guy—. Solamente nos quedan tres horas de navegación para llegar a nuestro destino.

—¡Ojalá que no suceda nada en esas tres horas! —exclamó Guy.

—Si todo va bien, llegaremos al anochecer.

—Lo malo del asunto es que no podremos penetrar en el túnel enseguida.

—¿Y eso por qué? —preguntó el profesor Kinley.

—A esa hora habrá comenzado ya a subir la marea—respondió Dan—. El dispositivo de aire a presión está calculado para la marea baja y no para la marea alta. Si llegamos a las siete o las ocho

tendremos que esperar hasta el amanecer.

—No conocía ese detalle —se excusó el profesor—. Eso prolongará nuestras posibilidades de fracaso durante varias horas.

—Lo más importante es no ser descubiertos durante las próximas cuatro o cinco horas —arguyó Dan—. Cuando llegue la noche nos encontraremos prácticamente a salvo. Sería muy difícil que nos descubrieran nuestros enemigos.

—Dios te oiga, muchacho.

El barco siguió navegando mientras los minutos se hacían interminables. Casi todos los hombres dirigían incesantemente su mirada, de sus relojes a la caja transparente donde iba el TOPO-K. El mar se presentaba tranquilo y no ponía dificultad alguna al avance del navío.

—Es el aparato más raro que he visto en mi vida —comentó Ricardo—. Jamás se me hubiera ocurrido pensar que eso es un avión.

El profesor miró largamente el aparato y luego dirigió su palabra a Ricardo.

—No le falta a usted razón, amigo Ricardo. Eso es y no es un avión.

—Querido profesor, no estoy para acertijos. Hace mucho tiempo que decidí no calentarme la cabeza pensando en cosas que no están a mi alcance. La vida, desde hace diez años, tiene para mí una realidad tan perentoria que me ocupa por completo todo mi tiempo. No es fácil moverse en un mundo de enemigos. Podrían contarse por miles de veces todas las ocasiones que hemos tenido yo y mis hombres de caer en manos de nuestros enemigos. Mi pensamiento sólo puede estar ocupado en el inmediato presente. Un pequeño error, una mirada distraída, cualquier pequeña circunstancia ha podido llevarnos a una derrota. Ahí tiene usted un ejemplo de lo que digo, mire hacia aquel punto del horizonte.

El profesor miró en la dirección indicada, sin ningún resultado.

—Lo siento, pero mi vista ya no es la misma que hace cincuenta años.

En aquel momento, uno de los hombres apostados como vigías dio la voz de alarma, haciendo comprender al profesor el significado de las palabras de Ricardo.

—¡Avión enemigo a estribor!

Aquellas cuatro palabras helaron el corazón de los navegantes.

Todos dirigieron su mirada hacia el lugar indicado por el vigía y pudieron divisar en lontananza un punto lejano.

—Estamos perdidos, Dan —dijo Guy.

Dan miraba atentamente aquel lejano punto y sus manos se aferraban al timón como si con ello pudiera darle más velocidad al barco.

—¡Todo el mundo preparado! —gritó Ricardo a sus hombres.

El avión volaba casi a ras del agua y se dirigía en línea recta hacia el navío. Volaba lentamente, como si intentara escrutar, centímetro a centímetro, la superficie del mar. Poco a poco fue aumentando de tamaño, hasta perfilarse claramente a los ojos de los terrestres.

—¡Estamos perdidos, Dan! —exclamó Myriam.

—¿No se te ocurre nada? —preguntó Charlie.

—No creo que podamos hacer nada por evitarlo —dijo el profesor con acento fatalista—. Ya debe habernos descubierto. Se dirige hacia aquí en línea recta.

—Si antes me parecía un cascarón de nuez nuestro barco, ahora me parece un trasatlántico —dijo Guy—. Estoy seguro de que ya nos ha visto.

Dan tenía hinchadas las venas de la frente, medio congestionado por la desesperación. El avión se acercaba sin vacilar hacia su objetivo.

—Tenemos una probabilidad entre mil —dijo Dan.

—Yo creo que no tenemos ninguna —replicó Hauer.

—El avión vuela muy bajo —continuó Dan—, y su velocidad no es mucha. Seguramente hará una pasada por encima de nuestro barco, para cerciorarse bien de que somos la presa buscada.

—Eso que dices es lógico —intervino Guy—, pero no creo que mejore en nada nuestra situación.

—Ésa es nuestra posibilidad, Guy.

—¿Quieres explicarte?

—Debemos aprovechar su primera pasada para abrir fuego contra él. Nuestras armas serían ineficaces si la acción se desarrollara en otras condiciones. Pero a esa distancia y a esa velocidad podrían conseguir un buen resultado. Si tenemos la suerte de tocar algún punto vulnerable del aparato, o de herir a sus tripulantes…

—De acuerdo —dijo Ricardo, que había estado escuchando la conversación—. Todos mis hombres tienen buena puntería. Procuraremos alcanzar con nuestras balas a ese inoportuno aparato.

Rápidamente descendió sobre la cubierta y dispuso a sus hombres en pequeños grupos situados estratégicamente.

El avión se acercó hacia el barco. Unos mil metros antes de llegar picó suavemente, con la intención de pasar a pocos metros de

la cubierta.

—¡Preparados! —ordenó Ricardo a sus hombres—. No disparéis hasta que yo os lo diga y apuntad un poco por debajo de la proa del aparato.

Las órdenes fueron cumplidas automáticamente y un impresionante silencio reinó sobre la cubierta del barco.

El avión fue perdiendo altura a medida que se acercaba al navío; por último se encontró a unos trescientos metros de distancia.

—¡Ahora! —gritó Ricardo.

Un continuo tableteo salió de los fusiles ametralladoras del grupo de Ricardo. La ráfaga se hacía sin intermitencia y miles de pequeños proyectiles le enviaban su mortífero mensaje al odiado enemigo. El avión continuó imperturbable su camino y pasó por encima del barco, mientras los hombres de Ricardo iban modificando su puntería, siguiéndolo en su trayectoria.

Apenas el avión cruzó sobre la cubierta del barco cuando inició un movimiento ascendente.

—¡No lo liemos conseguido! —masculló Guy.

—¡Por San Jorge, que jamás he enviado tanto plomo contra nadie, con tan poco resultado!

El aparato seguía su vertiginoso ascenso cuando, de pronto, comenzó a dejar tras de sí una azulada estela de humo.

—¡Mira, Dan, mira! —gritó Myriam.

Todos miraban con ojos de esperanza aquella débil columna de humo que se escapaba del aparato. En pocos segundos la estela fue adquiriendo mayor amplitud, hasta convertirse en un poderoso chorro de humo negruzco.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Ricardo, mientras enarbolaba en el aire su fusil ametralladora.

El avión rompió su línea de ascenso, con un inopinado viraje hacia la derecha, luego volvió a cambiar el rumbo como si su piloto se esforzara en darle una estabilidad que iba perdiendo por segundos; por último, se puso en vuelo invertido e intentó de nuevo remontarse, pero todo fue inútil. Poco después caía vertiginosamente, hasta estrellarse contra la lisa superficie del mar. Una gran columna de agua y espuma saltó hacia las alturas, a consecuencia del impacto.

Cuando todo hubo pasado pudieron divisar la destrozada figura del avión que flotaba a la deriva.

—Arrimamos allí y acabaremos con sus tripulantes —sugirió Ricardo.

—Será mejor que nos alejemos cuanto antes —replicó Dan.

—¡Pero esos hombres pueden dar la alarma!

—Si han quedado con vida, cosa que dudo, no creo que puedan dar grandes referencias de nosotros. Dentro de poco será de noche y resultará muy difícil encontrarnos.

—Opino que tiene razón Dan —intervino Hauer—. Lo más urgente es alejarnos de aquí cuanto antes. Hay que pensar en la posibilidad de que dieran un parte por radio sobre nuestra situación.

Vencida la resistencia de Ricardo, la nave continuó su rumbo, arrastrando su fantástica carga.

Las sombras de la noche fueron descendiendo y en lontananza se fue perfilando la isla de Nantucket.

—Un poco de suerte y nos encontraremos en nuestro objetivo —dijo Guy.

—¿Dónde está la entrada del túnel? —preguntó Dan.

—Hay que bordear la parte oriental de la isla —contestó Hauer—. La entrada se encuentra al Noreste. Lanzaremos un bote al agua y yo desembarcaré en la isla, al objeto de poner en marcha el mecanismo que se halla en el exterior. Afortunadamente el túnel está dotado de un doble mecanismo, uno exterior y otro interior, para facilitar el acceso al mismo.

—Dios quiera que todo se encuentre en orden —dijo Myriam.

La embarcación fue aproximándose a la costa oriental de la isla. Dan, Hauer y el profesor Kinley, estudiaban detenidamente la carta de navegación y hacían numerosos cálculos para seguir su rumbo a ciegas, pues la noche tendía un impenetrable manto sobre los alrededores.

—Ése es el sitio —dijo Hauer después de consultar unos instrumentos—. Yo puedo descender aquí, mientras el barco continuará su camino durante una milla; luego virará en redondo y enfrentará este lugar —dijo señalando el mapa—. Si funciona el mecanismo no será difícil dar con el camino a seguir.

Dan detuvo el barco unos instantes y un bote fue lanzado al agua.

Ricardo insistió en acompañar a Hauer con alguno de sus hombres, así que, en pocos segundos, se encontraron todos en la pequeña embarcación.

Hauer dio las últimas instrucciones a Dan.

—El barco tendrá que navegar a toda la potencia de sus máquinas, pues la corriente de aire que abre el túnel supone un fuerte obstáculo para el avance. La entrada está en línea recta. El túnel tiene una longitud de trescientos metros.

—¿Y qué harán usted y Ricardo? —gritó Dan sacando medio cuerpo por encima de la barandilla del barco.

—Una vez lleguen al fondo del túnel nos esperarán. Ricardo, sus hombres y yo intentaremos introducirnos con nuestra barca. Si en el plazo de dos horas no lo hubiéramos conseguido accionen el dispositivo de cierre, que encontrarán donde le he dicho antes.

—De acuerdo —contestó Dan.

La lancha fue apartándose del costado del barco e impulsada por el vigoroso remar de los hombres de Ricardo se dirigió hacia la isla. Dan dio órdenes para ponerse en marcha y el navío siguió su rumbo hacia el lugar acordado.

Una vez alcanzado el punto indicado por Hauer dio la vuelta a la embarcación y comenzó a avanzar suavemente.

Durante varios minutos continuó la marcha sin ninguna interrupción. La imposibilidad de encender alguna luz, por temor a ser vistos por un posible enemigo, hacía más angustioso el avance. Arrastradas por el viento, las nubes comenzaron a dejar algún intersticio por donde la luna filtraba su luz.

El lugar de la costa hacia el cual dirigía Dan la embarcación era un acantilado cortado a pico, totalmente inaccesible.

—¿No crees que tardan mucho? —preguntó Charlie.

—Ya nos hemos acercado demasiado a la costa —respondió Dan —. Lo mejor será que detengamos nuestra marcha.

Dan dio las órdenes oportunas y el barco se detuvo a unos trescientos metros de la costa.

De pronto, llegó hasta sus oídos un suave silbido, que fue creciendo de tono al mismo tiempo que la leve brisa que azotaba al barco por la proa se convertía en huracán.

—¡Máquinas a toda presión! —gritó Dan.

—Este viento va a desmantelarnos —dijo Guy.

—Procuraré mantener la proa contra la dirección del viento. Espero que la potencia de nuestras máquinas sea lo suficiente para conseguir avanzar contra ese viento huracanado.

Dan lanzó de pronto una exclamación.

—¡Mirad, mirad! ¡Ahí están nuestros amigos!

Todos miraron en la dirección indicada por Dan y pudieron ver la luz intermitente de una linterna, sobre la parte superior del acantilado.

—No hay duda —dijo Guy—. Está empleando el Morse y las letras correspondientes a la palabra TOPO. Mira delante de ti, Dan. Si no me equivoco es el camino anunciado por Hauer —dijo Myriam.

En efecto, frente a la proa del navío se abrían las aguas, mostrando una zanja cuyo declive se iniciaba a pocos metros de distancia, hasta conseguir una profundidad de quince o veinte metros. La corriente de aire, empujando las aguas hacia los lados, era la que producía aquel fenómeno.

—Ha llegado la hora de alcanzar nuestro refugio —dijo el profesor.

—¡Animo, Dan! Ahí tenemos la solución de nuestro problema.

—Esto parece la entrada del infierno —comentó Guy.

—Sea lo que fuere ése es nuestro camino —contestó Dan.

Con mano firme y decidida agarró el timón y dio orden de elevar hasta el máximo la presión de las calderas.

La nave fue avanzando lentamente contra aquel furioso huracán que se le venía encima por la parte de proa. Primero descendió el suave declive de la zanja socavada en el mar, que era conseguido merced a una menor presión del aire en la parte terminal de la misma, luego se adentró por entre las paredes de agua, hasta quedar muy por debajo del nivel del resto del océano.

—Si fallara en este momento el mecanismo se nos tragaría el mar en pocos segundos —comentó Guy.

—¿Quieres no ponerme nervioso? —dijo Dan, al mismo tiempo que sonreía.

—Tened fe —dijo Myriam—. Estoy segura de que llegaremos felizmente al término de nuestro viaje.

El viento silbaba al escindirse contra la proa del navío. Los hombres del comando de Ricardo, que se encontraban en la cubierta, tenían que agarrarse fuertemente para evitar el ser arrastrados por la tremenda corriente de aire.

Metro a metro fue avanzando la embarcación, tirando con toda la fuerza de sus motores de la gran caja en la que iba encerrado el TOPO-K. El acantilado que tenían enfrente iba estando cada vez más cerca, al extremo de que la mirada penetrante de Dan pudo percibir la entrada del túnel.

—¡Ahí lo tenemos, muchachos! Está frente a nosotros. ¿Lo veis?

Guy y Charlie taladraron con su mirada las tinieblas de la noche y pudieron precisar el sitio señalado por Dan. Un oscuro lugar, más negro todavía que la oscuridad de la noche, se mostraba ante sus ojos. Aquélla era la entrada del túnel; una entrada que tendría unos dieciocho metros de altura por quince o veinte de ancho.

Hacia allí dirigió Dan el barco sin vacilar. Un minuto más tarde penetraban en el interior del túnel abierto en la roca viva.

Afortunadamente, las alas del TOPO-K eran de configuración

especial, tiradas hacia atrás y retorcidas en espiral, de no ser así no hubiera podido entrar por aquel túnel.

El silbido que habían podido escuchar nuestros amigos en cuanto comenzó a circular la corriente de aire, se hacía casi ensordecedor en el interior del túnel. A ambos lados del mismo y a media altura, había dos pequeñas aceras por las que se podía transitar a pie. Un complicado y eficaz sistema de iluminación indirecta mostraba a los navegantes el camino.

Por fin, desembocaron en una gran ensenada circular, la cual parecía ser el término de su viaje.

Dan maniobró en el centro de la misma, desviándose hacia la derecha y atracando en un sector del muelle circular. Apenas consiguió apartarse de la línea recta, observó que el barco dejaba de ser azotado por la tremenda corriente de aire. Detuvo la nave y echó el ancla.

—Ya hemos llegado al término de nuestro viaje.

—Aquí no sopla la corriente de aire, Dan.

—El propulsor de aire está frente al túnel, en la parte superior de esta bahía; lo he visto cuando entrábamos. Hauer me dijo que los dos laterales se encontraban neutralizados por medio de un complicado mecanismo que contrarresta el poder de succión de la corriente central.

—¿Crees que Hauer y los demás podrán llegar hasta aquí?

—Ten la seguridad de que me tiene preocupado la cuestión, Guy. La corriente de aire es demasiado violenta para que puedan avanzar con el solo impulso de los remos de su barca.

—Haría falta la fuerza de un coloso para conseguir realizar esa hazaña —intervino el profesor Kinley—. La corriente de aire lleva una velocidad de más de ciento cincuenta kilómetros por hora.

—No comprendo cómo nos ha dicho Hauer que lo esperáramos. Él, mejor que nadie, sabe que es imposible introducirse en el túnel en las condiciones en que van.

—Me parece un sacrificio inútil —intervino el profesor—. Podíamos haberles esperado a que volvieran antes de introducirnos en el túnel…

—No creo que ese sacrificio fuera premeditado —contestó Dan —. Si Hauer hubiera pretendido quedarse en la isla no se hubiera llevado consigo a Ricardo.

Dan ordenó el desembarco y poco después se encontraban todos reunidos sobre el muelle, a cuyo costado había atracado el navío junto con su carga.

El muelle circular que rodeaba aquella fantástica gruta se

hallaba suavemente iluminado por una compleja red de luces, que se encendían en el instante mismo de poner en marcha el dispositivo que permitía el acceso al interior.

Una rápida mirada convenció a Dan de que aquel lugar se encontraba perfectamente equipado para cumplir el objetivo para el que estaba destinado. La roca había sido socavada en una gran extensión, formando sobre sus cabezas una inmensa cúpula. Dan pudo contar hasta seis diques secos y gran cantidad de grúas, tractores y demás útiles necesarios para el cuidado de los submarinos. En la parte central, debajo del agujero por el que salía la poderosa corriente de aire, había algunas instalaciones dedicadas a oficinas y viviendas. El sitio parecía hecho ex profeso para poner a punto el TOPO-K.

Minuciosamente fueron recorriendo todas las dependencias de aquellos increíbles astilleros, al objeto de acomodarse lo mejor posible y hacer un inventario de los útiles que podrían utilizar en su trabajo.

—Esto es espléndido —exclamó el profesor—. Tenemos elementos de sobra para preparar dos docenas de aparatos como el que poseemos.

—Tiene razón el profesor —asintió Guy—. No he visto un lugar mejor dotado que éste.

—Todo está en orden —replicó Dan—. Lo único que me preocupa es lo que pueda ser de los que se han quedado en la superficie de la isla.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando una luz roja, de gran potencia, se encendió sobre sus cabezas.

La luz estaba situada al final de una escalera espiral de hierro, que iba desde el suelo hasta unos ocho o diez metros de altura, incrustándose su rellano final al pie de una portezuela de hierro encajada en la misma roca.

Unos segundos después vieron que la puerta se abría, dando paso a la sonriente figura de Ricardo.

—¡Hola, muchachos!

Detrás de Ricardo venía Hauer y tras éste, el resto de los hombres que habían embarcado en la pequeña lancha.

—Esto parece una función de magia —comentó el profesor Kinley.

—¿Por dónde habéis venido? —preguntó Dan.

Hauer, que ya había descendido la escalera, fue el encargado de contestar:

—Este túnel tiene una salida de emergencia, que es la que

nosotros hemos utilizado. Paralelamente a la pared del túnel de entrada va una estrecha galería y que lleva desde el exterior hasta aquí dentro. Su entrada está muy oculta y no nos ha sido fácil encontrarla en la oscuridad. No hubiéramos podido hacer la entrada en contra de la corriente de aire, en cambio lo hemos hecho perfectamente por ese camino.

Todos se felicitaron por estar de nuevo reunidos y se dispusieron a acomodarse.

—Ahora voy a cortar la corriente de aire —dijo Hauer.

Con paso decidido se dirigió al interior de los edificios excavados en la roca. Bajó una palanca que sobresalía en un cuadro de mandos, y un sordo rumor vino a agregarse al penetrante silbido que llenaba el ámbito de aquel lugar.

—Ahora estoy cerrando las compuertas —explicó a sus amigos —. Esas compuertas aíslan el interior del túnel de la parte exterior del océano. Así conseguimos que el nivel del agua en el interior del túnel sea inferior al nivel exterior.

Una luz verde centelleó en el cuadro de mandos, indicándole que la operación había terminado.

—Ahora ya podemos cortar el aire.

Diciendo esto, asió un pequeño volante y comenzó a darle vueltas hacia la derecha. El silbido fue decreciendo en intensidad hasta apagarse por completo.

También las luces se habían extinguido, pero Hauer movió la manecilla de un interruptor y de nuevo se iluminó el interior de aquella formidable cripta submarina.

—Ya está todo en orden. No creo que les sea fácil a nuestros enemigos encontrarnos.

Dan abrazó a Hauer conmovidamente.

—Muchas gracias por todo cuanto ha hecho, coronel Hauer.

—No tiene por qué dármelas, Dan. Esta empresa es un deber para todos nosotros. Ahora les toca a ustedes poner en marcha la segunda parte de nuestro plan.

—Con la ayuda de Dios no tardaremos mucho en disponerlo todo.

Después de dichas estas palabras Dan comenzó a repartir las órdenes oportunas para iniciar debidamente la ocupación de aquel extraordinario recinto.

La tarea que les esperaba podía durar días o meses. La bodega del barco estaba bien repleta de víveres y no tenían por qué preocuparse por ese lado, pero muchas eran las cosas que debían resolverse antes de que el TOPO-K estuviera listo para entrar en

acción.

CAPÍTULO II

Todos los hombres encerrados en la cripta situada bajo el nivel del mar trabajaron denodadamente durante veintitrés días. Dan y el profesor Kinley los organizaron en dos equipos que trabajaban doce horas cada uno, mientras Myriam, auxiliada por José y Pedro, atendía la sección de intendencia de aquel fantástico grupo de seres que se obstinaba en levantar la bandera de la libertad contra el pueblo opresor de Helikón.

Guy estaba entusiasmado con las características del aparato diseñado por Dan. A pesar de su gran experiencia en la materia, el nuevo aparato le resultaba totalmente desconocido, pues obedecía a principios completamente distintos de los empleados en la navegación aérea durante los últimos años.

Sobre un dique flotante estaba asentado el extraño aparato. Todo el fuselaje estaba construido por una aleación metálica de nuevo tipo, cuyo brillo plateado le daba al avión un aspecto fantástico. Su larga proa terminaba en una finísima punta en forma de barrena, las alas estaban tiradas hacia atrás y casi pegadas al fuselaje, siendo, en lugar de planas, de forma espiral. El cuerpo principal del TOPO-K tenía asimismo forma de barrena y podía girar en sentido lateral sobre unos especiales juegos de cojinetes, en la conexión de las alas con el cuerpo central. Este veloz movimiento rotatorio no afectaba para nada a los tripulantes del avión, pues las ingeniosas cabinas magnéticas permanecían en posición fija a pesar del movimiento de giro de la parte exterior del fuselaje.

Posado sobre el dique flotante tenía la apariencia de un extraño y monstruoso insecto metálico.

Guy había trabajado entusiásticamente durante todo aquel tiempo sin hacer ni una sola pregunta, pero el aparato estaba casi terminado y era preciso conocer algunos pormenores. Los motores habían sido probados y ya faltaba poco para intentar la aventura.

En aquel momento Dan se introdujo en la cabina de pilotaje, después de una última revisión de los tubos lanza-torpedos.

—Todo está en orden, Guy. Acabo de hacer una última revisión de los tubos lanza-torpedos.

—¿Y los torpedos?

—También están en orden. El arsenal donde los dejamos depositados o mejor dicho, donde los depositó Hauer, reúne unas condiciones ideales para su conservación. Disponemos de doscientos

cincuenta torpedos aéreos.

—¿Y dónde vamos a meter tantos torpedos?

—El TOPO-K está capacitado para llevar esa carga.

Guy hizo un gesto de extrañeza que disipó Dan con unas palabras.

—Este tipo de torpedo aéreo es de fabricación especial. Su peso no rebasa los diez kilos y su tamaño es menor que el de un obús de regular calibre.

—No tenía ni la menor idea de que existieran explosivos atómicos semejantes.

—Son una creación del profesor Kinley. Llevan una carga de desintegración total.

—¿Quieres explicarme en qué consiste eso? No estoy muy fuerte en física nuclear.

—Son explosivos que estallan por el procedimiento de fiso-fuso-fisión.

La cara que puso Guy ante esta explicación hizo que Dan lanzara una carcajada.

—Comprendo que te desorienten estas palabras. Los que nos dedicamos a este aspecto de la ciencia, empleamos una especie de lenguaje cabalístico, que en realidad es fácil de traducir.

—Esa palabra parece un trabalenguas. No es preciso que me lo expliques si con ello he de hacerte perder un tiempo precioso.

—No es difícil la explicación. En pocos minutos te pondré al corriente.

Dan tomó aliento y concentró durante unos segundos sus ideas.

—La fiso-fuso-fisión es el proceso físico que se emplea en la desintegración del hidrógeno. En síntesis es lo siguiente: una bomba de hidrógeno consta de tres partes principales; una de ellas es Uranio-235, la otra es Hidrógeno en estado líquido, cosa que se consigue a bajas temperaturas, y la tercera parte, que constituye la envoltura exterior de la bomba, es Uranio-238. La capa de Uranio-235 lleva taladrados unos agujeros donde se colocan las llamadas cargas de implosión, generalmente plutonio o berilo. Esas cargas se desintegran espontáneamente, lanzando gran cantidad de neutrones, los cuales actúan como proyectiles que bombardean los núcleos del Uranio-235, produciéndose la desintegración en cadena de esta sustancia. La desintegración del Uranio-235 provoca la fusión del Hidrógeno líquido, el cual se desintegra a consecuencia de la alta temperatura, provocando a su vez la desintegración del Uranio-238, isótopo del uranio estable, que no puede desintegrarse de otra manera. Ésas son las tres fases de una explosión atómica de

hidrógeno.

—¡Es extraordinario!

—La cosa no tiene gran importancia —comentó Dan—. Hace ya muchos años, pocos años después de la explosión de la primera bomba atómica, que se emplea ese procedimiento. La primera bomba de hidrógeno que estalló en la Tierra ya lo hizo según ese breve esquema que te he hecho.

—¿No me habías dicho que la bomba era de un diseño especial?

—Así es. Su diferencia con una bomba de hidrógeno, de las utilizadas corrientemente en las experiencias de rusos y americanos, estriba en dos cosas: la primera en el poco volumen de la misma, y la segunda en que la capa exterior no es de Uranio-238, sino de cobalto.

—Yo tenía entendido que la desintegración del cobalto podía aniquilar toda la vida en nuestro planeta.

—Así se creyó durante algún tiempo, pero, empleado en ciertas condiciones, puede desintegrarse, sin provocar una desintegración en cadena de nuestra atmósfera.

—¿Y la radioactividad?

—También eso está calculado. Depende de la masa de cobalto que entre en reacción.

—¿Entonces tu potencia…?

—Es muy superior a la de una bomba de hidrógeno corriente. Ello nos permite conseguir poderosos resultados mediante una carga explosiva muy pequeña.

—Lo que acabas de decirme me llena de esperanza, Dan. Somos pocos y no disponemos más que de un aparato en la lucha contra nuestros enemigos, pero el poder de nuestras armas es inmenso.

—Mucho más que lo que tú te figuras, Guy.

—Una cosa me preocupa —continuó Guy—, y es la velocidad de nuestro aparato. Los aparatos de los hombres de Helikón son rapidísimos, mucho más rápidos que cualquier aparato terrestre. Incluso he oído decir que se aproximan a la velocidad de la luz.

—Tienes razón. Algunos tipos especiales alcanzan una velocidad muy próxima a la de la luz.

—Entonces no tenemos nada que hacer con nuestro TOPO-K. ¿Qué velocidad máxima puede alcanzar nuestro aparato?

—Ése era nuestro gran secreto. El secreto mejor guardado de todos los tiempos.

—Me llenas de curiosidad.

Dan se detuvo unos instantes, convencido de la sensación que iba a causarle a su amigo.

—La velocidad teórica del TOPO-K -y digo teórica porque todavía no hemos podido experimentarlo- es superior a la de la luz.

Guy recibió aquella revelación sin llegar a comprenderla. Sus cejas se fruncieron en una muda interrogación, como dando a entender que no había comprendido.

—Sí, Guy. He dicho que la velocidad del TOPO-K puede ser superior a la velocidad de la luz.

Guy reaccionó ante la confirmación dada por Dan y su cara reflejó el inmenso asombro que le producía semejante revelación.

—¡Pero eso es imposible! Yo no conozco mucha física, pero tengo entendido que está fuera de toda duda el considerar que la luz tiene la velocidad límite que puede alcanzarse en el Universo.

—En cierto modo es así.

—¿Entonces, cómo me dices lo contrario?

—La cosa no es fácil de explicar ni te será fácil de entender, pero voy a intentarlo.

Guy se concentró para recibir la asombrosa explicación que iba a darle su amigo.

—Procuraré afinar mi entendimiento, Dan. Intenta explicármelo.

—La luz se mueve en el espacio a trescientos mil kilómetros por segundo. Hasta la fecha nada de cuanto sucede en el Universo se ha producido a mayor velocidad, sin embargo existe la posibilidad, en ello se funda la construcción del TOPO-K, de conseguir velocidades superiores a ésa.

—¿Y cómo es posible eso?

—Es un problema de aerodinámica. Como has podido observar, el TOPO-K es un aparato de especialísimo diseño.

—Ya te dije que para mí resultaba totalmente nuevo. Creo conocer alguna cosa en materia de aviación, pero tu aparato es totalmente incomprensible para mí.

—El TOPO-K está dotado de unos motores que le permiten alcanzar una velocidad de doscientos ochenta mil kilómetros por segundo. Sus materiales están calculados para soportar esa velocidad.

—Tú mismo lo has dicho. La velocidad del TOPO-K no llega a los trescientos mil kilómetros por segundo, que es la velocidad de la luz.

—Así es. Sin embargo, yo apostaría a favor del TOPO-K en una carrera entre éste y un rayo de luz, siempre que la distancia a recorrer fuera bastante larga.

—Explícate si no quieres que me vuelva loco.

—La cosa es la siguiente. El Universo tiene forma esférica, el

espacio que nos rodea es curvo. Ahí está el secreto.

—Discúlpame si me muestro reacio a creer lo que me dices. He oído decir muchas veces lo del Universo esférico. No puedo decir que sea o no sea así; pero lo de la curvatura del espacio va contra la evidencia que tengo ante mis ojos.

—Tu evidencia —sonrió Dan— es la misma que tendría un perro, pongo por ejemplo, que caminara husmeando el suelo y sin levantar la cabeza. Para ese perro el mundo sería completamente plano; caminaría y caminaría incansablemente hasta conseguir dar la vuelta a la Tierra, y si le preguntáramos su impresión y el perro pudiera contestarnos, nos diría que su camino lo había hecho por grandes extensiones planas de tierra o de mar. Tú mismo consideras que la Calle 42 se prolonga en línea recta, de un extremo a otro, sin embargo te consta que la Tierra es esférica y que, aunque sea inapreciable para tus ojos, la Calle 42 no es recta, sino que está determinada por la propia curvatura de nuestro planeta.

—Me parece que te voy comprendiendo.

—Resumiendo: una pequeña porción de una gran superficie curva se muestra ante nosotros como si fuera una superficie plana.

—De acuerdo.

—En el espacio sucede lo mismo. El Universo tiene cuatro dimensiones y no tres; su curvatura no se aprecia en una pequeña distancia, aquí el término pequeña tiene un sentido relativo, pero la trayectoria rectilínea de un avión en el espacio no es talmente rectilínea, sino curvilínea. Para apreciarlo sería preciso que el avión volara una gran distancia, de la misma manera que nos damos cuenta de la redondez de la Tierra cuando vemos progresar un barco hacia la línea del horizonte.

—He comprendido magníficamente tu disertación, Dan, pero todavía no me has aclarado la contradicción principal.

—A ello voy. De la misma manera que sobre la superficie de la Tierra no se puede trazar una línea recta, tampoco se puede seguir un camino recto en el espacio. Los planetas y la luz misma llevan siempre una trayectoria curvilínea.

—Eso se desprende de todo cuanto me has explicado.

—Ahora bien, si nosotros quisiéramos trazar una línea recta en nuestro planeta no tendríamos más remedio que atravesar la Tierra, de la misma manera que se atraviesa una naranja con la punta del cuchillo. A ese «tipo» de línea recta le llamamos los cinéticos: rectas geodésicas. Pues bien, el TOPO-K es capaz de atravesar el espacio según una «recta geodésica». Es decir, puede seguir una trayectoria rectilínea, atravesando la curvatura del espacio. Por ello te decía

que en una carrera entre un rayo de luz y el TOPO-K apostaría por él segundo, pues, para alcanzar el mismo punto, nuestro avión recorrería menos espacio que el rayo de luz.

Guy quedó como anonadado ante la fantástica revelación de su amigo. Sus ojos permanecían clavados en los de su amigo, como si pretendiera leer en ellos el sentido de tan fantástica revelación.

—No te sorprendas demasiado, amigo Guy. Lo que acabo de decirte era ya vulgar allá por el lejano año de 1935. Yo no he hecho más que aprovecharme de esos conocimientos para intentar la construcción del TOPO-K.

—De cualquier modo que sea estoy asombrado, Dan. Cuanto me has dicho no hace más que confirmar la grandeza del Supremo Hacedor. Debes darle gracias porque os ha permitido conocer algo de esa maravillosa obra que es el Universo.

—Los motores del TOPO-K fueron diseñados por el profesor Kinley. Aprovechan la energía atómica pero siguiendo un principio diferente al empleado hasta ahora. No es el calor, ni la expansión gaseosa de la explosión la que impulsa el aparato, sino la luz que se desprende la explosión. Son los fotones, o unidades de luz, los que impulsan al avión, más bien dicho, los que arrastran al avión, creando un campo foto-magnético que tiene la velocidad de la luz, aunque el aparato no puede aprovecharla en toda su intensidad, por ello su velocidad es algo más pequeña.

—¡Estoy seguro de que con un arma semejante tenemos asegurada la victoria!

—No lances las campanas al vuelo todavía. Nuestro TOPO-K no es una realidad más que en el aspecto exterior, lo demás son teorías.

—¡Si pudiéramos probarlo!

—Eso es imposible. Nuestra primera salida tendrá que ser la definitiva. Por ahora hemos de confiar en los cálculos del profesor Kinley y míos.

Guy pasó de la esperanza a la desilusión. Al observarlo Dan se vio precisado a añadir:

—Tampoco te desesperes. La física teórica es una ciencia casi perfecta. Recuerda que la primera explosión atómica que se produjo sobre la Tierra no tenía precedente alguno. Fue una operación basada en simples cálculos matemáticos.

—Está bien. Espero que sean acertados vuestros cálculos. Por mi parte he de decirte que ya tengo un dominio perfecto de los mandos del avión.

—Eso es lo que necesitamos, Guy. Yo sabía que sólo un piloto de tu experiencia y de tus condiciones físicas sería capaz de adaptarse

a un modelo de avión tan extraordinario como es éste.

La conversación de los dos amigos se vio interrumpida por unas voces.

—¡Dan, Dan! ¿Dónde estás?

Dan abandonó la cabina de pilotaje del TOPO-K y asomó su cabeza por la escotilla de entrada.

—Estoy aquí. ¿Qué sucede, Ricardo?

—Quiero hablar contigo, Dan. ¿Puedes bajar de ahí un momento?

Dan descendió del aparato y salvó la pequeña distancia que le separaba del español.

—¿Sucede algo?

—Vengo del puesto de vigilancia que tenemos en el exterior.

—Explícame lo que sea.

—La cosa no tiene todavía demasiada importancia, pero hemos observado varias unidades de la marina de guerra de los hombres de Helikón que, junto con un buen número de aviones, están explorando esta parte del Océano.

—¿No será una flotilla que vaya de paso?

—Al principio pensamos que era eso, pero su actitud nos ha hecho cambiar de opinión. Se han detenido a observar detenidamente algunos islotes de los alrededores. Se ve que buscan algo.

Myriam se acercó en aquel momento y sorprendió las últimas palabras de Ricardo.

—¿Hay alguna novedad desagradable, Dan?

La mujer se había ido recobrando de todos los sinsabores pasados y su cara se mostraba ahora más fresca y sonriente. Sus grandes ojos habían recobrado la viveza que les era característica y su gentil figura tenía de nuevo la elasticidad y donaire de otros tiempos.

—No, no sucede nada.

Fueron tan poco convincentes las palabras de su marido que no la engañaron lo más mínimo.

—No intentes engañarme, Dan. Me consta que nuestro desesperado intento de salvar a la Humanidad del yugo de los hombres de Helikón está erizado de peligros. Tengo el ánimo hecho a ello y no tienes por qué preocuparte.

Dan comprendió la razón de las palabras de su valerosa mujer.

—No quería alarmarte inútilmente. Ricardo me comunica que algunas unidades marinas y aéreas de nuestros enemigos merodean por los alrededores.

—¿Crees que nos buscan?

—Es lo más probable. Tal vez hayan encontrado los restos del avión que derribamos hace días.

—Puede ser que quedara algún superviviente y les diera noticias sobre nosotros.

—Para el caso es lo mismo. El hecho es que están investigando por esta zona del Océano.

—¿Y qué piensas hacer, Dan?

—No sé, Myriam. Tal vez sea lo mejor echar una ojeada a esos barcos.

—Voy contigo.

—En esta ocasión no lo considero conveniente, Myriam. Nuestro puesto de observación en el exterior no permite la presencia de muchas personas. Más vale que seamos prudentes.

Myriam accedió de mala gana y acompañó a Ricardo y a Dan hasta la puertecita que comunicaba el interior de la Base con el pasillo lateral que llevaba a la superficie de la isla.

Los dos hombres se introdujeron en la estrecha galería y comenzaron a caminar.

El mucho trabajo de Dan le había impedido hacer un reconocimiento por aquella galería. Hasta el momento Ricardo y sus hombres eran los únicos que la utilizaban.

La galería tenía un metro de ancho por dos de altura, de forma que era forzoso avanzar por ella en fila india. Un ligero declive inicial iba empinándose en la medida que se acercaba hacia el exterior. Después de caminar durante varios minutos llegaron a una pequeña rotonda, de la que arrancaba una empinada escalera con más de cien peldaños.

Ricardo apagó las rojizas luces que iluminaban el estrecho túnel y tiró con fuerza de una anilla semi-incrustada en la pared. Dan oyó un chasquido metálico y la escalera quedó inundada de luz del día, que se filtraba por una poterna abierta sobre sus cabezas, al otro extremo de la escalera.

Con ritmo acelerado salieron, remontando la escalera, a la superficie de la isla.

Dan pudo observar que dos hojas de acero incrustadas en la tierra servían de puerta de entrada a la escalera. Sobre las dos puertas había atornilladas una determinada cantidad de pequeñas rocas, que cubrían por completo la superficie metálica, enmascarando perfectamente la entrada. Un parapeto natural ocultaba a los hombres de Ricardo de las miradas indiscretas que pudieran venir de allende aquel lugar.

—¿Cómo van las cosas, Teógenes?

—Todo va igual, Ricardo. Están escrutando minuciosamente los pequeños islotes que hay a nuestro alrededor. En aquel más grande, que está a la izquierda, han desembarcado unos cuantos hombres. En este momento parece que se disponen a reembarcar de nuevo.

Dan se acercó a una de las mirillas naturales del observatorio y pudo divisar un amplio panorama marino. La escalera atravesaba el interior de un pequeño promontorio desde el cual se dominaba una gran extensión.

Diez o doce unidades ligeras de la marina de guerra pululaban por los alrededores, escudriñando todos los lugares que pudieran servir de refugio a los fugitivos. Varios aviones volaban en un amplio círculo para auxiliar en su tarea a los barcos.

—No cabe la menor duda de que nos están buscando.

—Eso creo yo, Dan. Los aviones de Helikón han podido recorrer una gran distancia y comprobar que no nos hemos podido alejar mucho.

—Se ve que han dejado nuestra isla para el final.

Un grupo de hombres volvió a subir a las lanchas de desembarco que habían atracado en las costas del islote señalado por Teógenes. Un barco que los esperaba a unos trescientos metros de distancia los recogió y se puso en marcha.

Durante unos quince minutos, todos los barcos de la flotilla se movieron en dirección a un sitio situado al este de la isla donde se refugiaban nuestros amigos; luego fueron aumentando la distancia que los separaba entre sí y dieron proa a la isla Nantucket.

—Parece que se dirigen hacia aquí.

—Así es, Ricardo —contestó Dan—. Han dejado nuestra isla para el final El tamaño de la misma les obliga a emplear todas las fuerzas de la flotilla en el cacheo.

Las palabras de Dan se vieron confirmadas pocos minutos después. La flotilla se fue abriendo, intentando abarcar todo el contorno de la isla. Los aviones descendieron de las alturas y comenzaron a sobrevolar la tierra a menos de doscientos metros.

Afortunadamente el observatorio, enclavado en el interior de un conglomerado de rocas, era totalmente invisible para los aviadores enemigos.

—Ya no hay la menor duda. ¿Qué debemos hacer?

—Por ahora nada, Ricardo. Nos encontramos bien escondidos y esperaremos mientras sea posible, para ver cuál es la táctica de nuestros enemigos.

Los barcos fueron aproximándose a la costa de la isla, hasta

quedar situado a unos quinientos metros de la misma. Desde el observatorio se podía divisar la cubierta de los mismos, donde reinaba una gran actividad.

Todas las lanchas de desembarco fueron lanzadas a la mar, con un repleto cargamento de hombres armados.

Aquella gran cadena de desembarco fue estrechando su cerco sobre la isla, hasta que los hombres que formaban la dotación de aquellas canoas posaron sus pies sobre los pocos puntos en los cuales podía hacerse un desembarco sin complicaciones.

A los oídos de los observadores llegaban las enérgicas voces de mando de los que capitaneaban los distintos grupos. Los hombres se dispusieron en orden abierto, formando un cinturón que se fue apretando lentamente sobre el territorio, con la indudable intención de convergir en el centro de la isla, que era a su vez la parte más alta y donde se encontraba el observatorio de nuestros amigos.

—Se ve que han tomado en serio su tarea —comentó Ricardo.

—Están seguros de que nos encontramos aquí. Sus aviones deben haber recorrido una gran extensión del mar y comprobado que no seguimos navegando.

—Yo en su lugar pensaría lo mismo, Dan.

—Lo más desconcertante para ellos debe ser el no encontrar rastro de nuestro barco. Lo más probable es que piensen que lo hemos hundido y hemos venido a refugiarnos a tierra firme.

—Así debe ser a juzgar por el interés que ponen en su misión.

Los hombres de Helikón avanzaban cautelosamente, estrechando el círculo que habían hecho alrededor de la isla. Cada roca capaz de ocultar un hombre, cada grieta, era objeto de su detenida atención y jamás avanzaban un metro sin cerciorarse de que no se les escapaba nada.

Así fue pasando el tiempo, y las distancias entre perseguidores y perseguidos se fueron acortando.

—Aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo Dan—. Su táctica es perfectamente clara.

—¿Quieres decir que debemos meternos en el interior?

—Será lo mejor, Ricardo. Luchar contra todos esos hombres sería suicida. A juzgar por los que tenemos ante nuestra vista, en nuestro sector, deben ser más de dos mil.

—Sí; no hay nada que hacer.

—Ordena a tus hombres que vayan descendiendo por la escalera.

Ricardo dio unas órdenes en voz baja y los seis hombres que constituían la vigilancia se introdujeron por la estrecha abertura.

Dan lanzó una última ojeada hacia sus enemigos y, haciendo una seña a Ricardo, se introdujeron asimismo en la estrecha escalera.

—Ordena a uno de tus hombres que haga funcionar el mecanismo de cierre.

—¡Teógenes! Cierra las puertas.

El aludido descendió rápidamente los peldaños de la escalera y se dirigió hacia la pared de la cual sobresalía la anilla. Una leve presión realizada con su mano derecha y las dos puertas giraron lentamente para abatirse sobre el hueco de la entrada.

—Espero que no den con el escondrijo —dijo Ricardo.

—Eso espero —contestó Dan—. Deja a dos de tus hombres a la escucha, para que puedan prevenirnos de cualquier contratiempo.

—Dejaré a dos hombres aquí y concentraré a todos los demás abajo. Si encontraran nuestro refugio y el mecanismo exterior que abre las puertas, cosa que dudo, no nos sería muy difícil defender la entrada a la Base secreta. El túnel que lleva hasta allí no permite el paso más que de un solo hombre.

—Me parece bien tu plan, Ricardo. Si no tenemos otra solución, lucharemos.

Dichas estas palabras, Dan se dirigió hacia el interior de la Base secreta, al objeto de poner a todos al corriente de la situación.

Cuando salió de la estrecha galería encontró esperándole a un grupo formado por Myriam, el profesor, Guy y Charlie.

—¿Qué sucede, Dan?

—Nuestros enemigos andan buscándonos. En estos momentos están registrando la isla.

—Sería lamentable que nos descubrieran ahora que ya lo tenemos todo casi preparado —dijo con voz apenada el profesor.

—Esperemos que no suceda así. La entrada a la galería está muy bien enmascarada,

—¿Son muchos?

—Unos dos mil, Guy.

—Eso nos niega toda posibilidad de combatir contra ellos.

—Así es. Ahora dad orden a todos los hombres de que abandonen sus trabajos. Quizá lleven aparatos detectores y puedan captar algún ruido.

Guy y Charlie se dirigieron apresuradamente hacia los equipos que estaban trabajando y les explicaron en breves palabras la situación.

A partir de aquel momento, un silencio impresionante reinó en el interior de la inmensa cripta submarina.

* * *

Durante varias horas quedó en suspenso la vida de aquellos seres.

Ricardo había dispuesto sus fuerzas al pie de la escalera, prestas para entrar en acción al menor síntoma de haber sido descubiertos.

Los hombres de Helikón buscaban infatigablemente por entre los escarpados picachos del islote. Sus voces airadas llegaban hasta los oídos de los hombres que esperaban en el rellano de la escalera.

Buscaban minuciosamente el posible escondrijo de los fugitivos terrestres. Estaban muy lejos de suponer cuál era el lugar de ese escondrijo, pero tenían la evidencia de que los fugitivos no podían haberse alejado mucho más.

La isla fue registrada a lo largo y a lo ancho. Las voces fueron llegando a los oídos de los terrestres, cada vez más alejadas.

Dan iba y volvía constantemente desde la bahía subterránea hasta el pie de la escalera.

—¿Cómo van las cosas, Ricardo? —preguntó por centésima vez.

—Los hemos tenido encima de nuestras cabezas. Ahora parece que se escuchan las voces algo más distantes.

—¿Crees que se estarán retirando?

—Ésa es la sensación que me da. De todos modos, no podremos cerciorarnos hasta que echemos una ojeada al exterior.

—Por ahora no debemos intentarlo. Esperaremos algunas horas para asegurarnos que se han retirado de estos alrededores.

—Me parece lo más prudente. De todas formas no podremos evitar una emboscada, si es que los hombres de Helikón deciden tendérnosla.

—Quizá dejen algunos hombres en la isla, pero el enmascaramiento de nuestra entrada es lo bastante bueno como para evitar que nos vean desde ningún lugar.

Pasó el tiempo convenido y las voces de los hombres de Helikón se apagaron por completo. Dan y Ricardo decidieron que ya era hora de lanzar una ojeada al exterior.

—Si tardamos una hora más, las sombras de la noche harán inútil nuestra tentativa.

—Opino lo mismo que tú, Dan. Aunque suponga un riesgo asomarnos al exterior, tenemos que hacerlo. Si es importante para nuestros enemigos el localizarnos, también lo es para nosotros saber dónde éstos se encuentran.

Decididos, pues, a salir a la superficie de la isla, tomaron las disposiciones necesarias.

—Debes situar a tus hombres en los últimos peldaños de la parte

superior de la escalera. En caso de que el enemigo estuviera aguardándonos, no habría más remedio que entrar en acción rápidamente.

Ricardo dispuso sus hombres según le aconsejaba Dan y él mismo se colocó el primero para salir.

—Ya lo sabéis, muchachos. Si al abrirse las puertas nos recibieran nuestros enemigos con una descarga cerrada, no vaciléis en disparar. Yo procuraré echarme al suelo, pero si no lo consiguiera no por ello debéis vacilar. Hay que defender esta entrada, cueste lo que cueste.

Dan se admiró una vez más del indomable temple de aquel hombre y ascendió con paso decidido los escalones que lo separaban de él.

—Yo estaré contigo, Ricardo.

—Te equivocas, querido Dan. Tú, estarás detrás de nosotros.

—Creo que tengo derecho...

—En esta ocasión, no —cortó suave pero firmemente Ricardo—. Es responsabilidad mía el protegeros. Vuestra misión es mucho más importante. Si los hombres de Helikón nos recibieran con una descarga, tu obligación sería cerrar de nuevo las puertas de acero. Esta escalera es inconquistable. Los hombres que quedaran vivos de mi grupo podrían defender la entrada indefinidamente.

—Dudo que eso nos sirviera de gran cosa, pero comprendo tus razones —reconoció Dan—. Tú ganas, muchacho.

Ricardo sonrió ampliamente y golpeó con gesto viril la espalda de su amigo.

—Da gusto trabajar contigo, Dan, pues comprendes perfectamente la situación. Ahora ve al pie de la escalera y tira de la argolla cuando yo te lo diga. Si abrimos fuego, retírate hacia la galería.

Dan obedeció las instrucciones de Ricardo y se situó junto a la argolla que accionaba el complicado mecanismo de la puerta. Ricardo lanzó una mirada de advertencia a sus hombres y luego dio la orden a Dan:

—¡Abre!

Dan tiró de la argolla y un chasquido sirvió de preámbulo al movimiento de rotación de las dos puertas, que giraban sobre sus ejes horizontales.

Apenas la abertura fue suficiente para dejar el paso de un hombre, cuando Ricardo saltó al exterior esgrimiendo su fusil ametralladora. Un silencio impresionante permitió escuchar el latido del corazón de aquellos hombres. Rápidamente fueron

saliendo al exterior los demás componentes de aquella heroica guerrilla y poco después lo hacía Dan.

—Están abandonando la isla —dijo Ricardo.

Dan miró a través de las disimuladas mirillas y pudo ver una escena que le llenaba de regocijo el corazón: el doble sol que lucía en el firmamento terrestre se encontraba ya en pleno ocaso, tiñendo de púrpura y amarillo la inmensa bóveda celeste. Las últimas lanchas de desembarco de los hombres de Helikón llegaban al costado de los buques y eran izadas inmediatamente.

—Creo que hemos ganado una de las más importantes batallas de nuestra lucha —dijo Dan.

—Por el movimiento que se observa en la cubierta de los barcos no parece que hayan dejado ninguna guardia en la isla. En el peor de los casos habrán dejado un pequeño grupo de hombres, a los cuales no nos sería difícil de vencer en una lucha abierta.

—No pueden imaginarse que nos encontramos escondidos en las entrañas de la roca viva. Para ellos debe ser algo incomprensible la desaparición de nuestro barco.

Durante más de media hora estuvo Dan observando las maniobras de sus enemigos.

Cuando ya estuvieron izadas todas las lanchas de desembarco, los buques recogieron sus anclas y se pusieron en marcha.

Al parecer aceptaban la derrota y se dirigían de nuevo a sus bases. Los aviones eran ya lejanos puntos en el espacio, camino de tierra firme. Los barcos dieron la popa a la isla y emprendieron también la ruta que conducía a las costas de los Estados Unidos.

—Ahora podréis trabajar con tranquilidad.

—Eso espero, Ricardo. Estamos ya al término de nuestra tarea y dentro de poco podremos utilizar nuestro aparato.

Ricardo distribuyó la guardia de vigilancia y se encaminó, junto con Dan, hacia las socavadas entrañas de la isla, para dar la buena noticia a los que esperaban allí con la angustia en el corazón.

CAPÍTULO III

En la ciudad Estado-Mayor de Topeka reinaba una gran actividad. Los hombres que regían los destinos del Continente Americano trabajaban agitadamente para desentrañar el misterio que envolvía a los fugitivos.

Zador y sus ayudantes iban recogiendo los informes que les llegaban de todos los puntos del país.

La gran sala que servía de despacho central, donde Zador impartía sus órdenes, era un constante hervidero de gente.

Zador tenía extendido sobre su mesa de trabajo un detallado plano de la costa atlántica de los Estados Unidos. Junto a él estaba su primer ayudante, Glinko, y un hombre con el uniforme militar de las fuerzas armadas de Helikón esperaba de pie frente a sus jefes.

—No es posible que hayan desaparecido del mapa —dijo Zador con voz airada—. El barco que llevaban es una vieja nave incapaz de hacer más de doce nudos por hora.

—Cabe la posibilidad de que se hundieran.

—No, Glinko. Los informes de nuestros observatorios nos indican que había buen tiempo en el mar. Aunque el barco era viejo, no por ello estaba en peligro de hundirse.

Zador quedó pensativo unos instantes y luego levantó sus fríos ojos hacia el oficial que esperaba en actitud respetuosa.

—¿Estás seguro de que no se te escapó ningún detalle en tu inspección?

—Estoy seguro, Zador. Nos hicimos a la mar pocas horas después que lo hicieran nuestros enemigos. Debieron aprovechar las horas en que Nueva York estaba bajo la influencia de la «Niebla del Sueño», para apoderarse de la embarcación.

—Exigiré responsabilidades a los hombres encargados de la operación nocturna. ¿Qué clase de vigilancia sobre la ciudad establecieron esos incapaces?

—He dado órdenes para que quede detenido el Jefe de Seguridad de Nueva York.

—Me parece muy bien. Haré que se le juzgue en un consejo de Guerra.

El oficial de la marina que estaba informando palideció al escuchar aquellas palabras.

—En cuanto a ti, Vecor, supongo que habrás procedido eficazmente. Si encuentro algún fallo en tu actuación te enviaré

frente al Consejo de Guerra.

—Cuando recibí la orden de hacerme a la mar, nuestros enemigos nos llevaban algunas horas de delantera. Fue el descubrimiento de los cadáveres del grupo de vigilancia del puerto lo que nos hizo pensar en lo sucedido. Al comprobar que faltaba un barco ya no tuvimos la menor duda sobre cuál era el camino que habían seguido los fugitivos.

—¿Cuántos barcos han participado en la descubierta?

—Hicimos la operación con trece unidades de mi flotilla. También utilizamos un centenar de aviones. Conociendo la velocidad que podía desarrollar el barco robado, tracé un círculo en el mapa, dentro del cual debían encontrarse los fugitivos. Los aviones rebasaron ampliamente esta zona sin encontrar ninguna huella. Nosotros nos dedicamos a registrar hasta el menor escollo que pudiera servir de abrigo a la embarcación y su extraña carga.

—¿Cuándo los pudisteis localizar?

—Fue el primer avión salido en misión de reconocimiento el que nos dio la situación de nuestros adversarios. El piloto nos comunicó que iba a dar una pasada sobre la cubierta del buque. En ese instante quedó cortada la comunicación. Cuando más tarde llegamos al sitio indicado encontramos el avión abatido sobre el mar. La mayor parte de la tripulación se encontraba herida; sólo el piloto se hallaba ileso.

Zador guardó silencio unos segundos, como intentando hallar una lógica explicación a todas aquellas cosas.

—Ordena que entre el piloto, Glinko.

Glinko se dirigió a la puerta del despacho y poco después volvía con un hombre de unos treinta años de edad. Zador dirigió hacia él sus ojos con una mirada escrutadora.

—He leído tu informe. Relátame de viva voz lo sucedido.

El piloto no se hizo repetir la orden. Con voz que el miedo hacía titubeante fue narrando todas las incidencias de su aventura.

—¿Y es posible que te dejaras derribar por un grupo de estúpidos ignorantes, armados con fusiles rudimentarios?

—Yo estaba convencido de que se encontrarían incapacitados para hacer ningún daño a nuestro aparato. El blindaje de nuestros aviones soporta perfectamente las balas de esos fusiles.

—Y siendo así, ¿cómo explicas lo sucedido?

—Fue un puro azar de esos hombres. Consiguieron meter algunos proyectiles por las aletas de refrigeración, los cuales inutilizaron nuestros motores y nos hicieron capotar.

—¿Y qué era ese extraño aparato que, según tu informe, iba

metido en una no menos extraña caja transparente?

—Yo no he visto nada semejante en mi vida —contestó el piloto —. Tal vez pueda ser identificado como un avión de modelo totalmente revolucionario.

Zador se hizo describir minuciosamente el aparato, cosa que hizo el piloto auxiliándose con unos dibujos.

—No he visto nada parecido nunca —exclamó Glinko.

—Podéis retiraros —ordenó Zador—, pero no abandonéis el Estado Mayor.

Los dos hombres saludaron militarmente a su jefe y abandonaron el despacho.

—No comprendo qué es lo que quieren intentar esos hombres —dijo Glinko.

—Daría cualquier cosa por saberlo. De todos modos la incógnita se va despejando. Dan Newport es un especialista en vuelos siderales, Guy Lamorisse fue en su tiempo un gran piloto de pruebas, el profesor Kinley, uno de los más grandes físicos que tienen los terrestres, y Hauer es el hombre que conoce los secretos más guardados de nuestros enemigos.

—También tenemos al grupo de ese español que se ha trasladado increíblemente a nuestro territorio.

—Eso demuestra la importancia de la empresa que persiguen.

—A pesar de ello no creo que consigan grandes cosas. ¿Quizá escapar con ese aparato, hacia algún lugar solitario de la Tierra?

—No correrían tantos peligros si solamente se tratase de eso. Hay que reconocer que, una vez escapados de nuestro control, no les hubiera sido difícil esconderse, sin necesidad de recurrir a los métodos que han empleado.

—¿Cuál es, pues, tu hipótesis?

—Esos hombres intentan atacarnos.

Glinko no pudo reprimir una mirada de asombro ante la afirmación de su superior.

—Tu cerebro se va embotando, Glinko —dijo en tono despectivo Zador.

—Sinceramente te confieso que no comprendo cuál es el daño que pueden causarnos esos desventurados. Toda la Tierra unida contra nosotros y fue vencida en unos días. ¿Y temes que unos hombres, aisladamente, puedan hacernos daño?

—Yo no temo a nada, Glinko. Me limito a expresar los hechos. Las viejas armas de que disponían los terrestres resultan casi inofensivas, pero ese nuevo tipo de avión me da que pensar. Nuestra ocupación de la Tierra no es muy firme. Tres mil millones

de seres se abalanzarían sobre nosotros si no temieran la represión que podríamos hacer por medio de nuestra «Base Titán».

—Nuestra poderosa flota aérea hace inexpugnable nuestra Base.

—De todos modos, ordena que se refuerce la protección aérea de la «Base Titán». Las plataformas que sirven de base a nuestros aviones deben permanecer en constante alerta.

—Así lo haré, Zador.

—Ahora dile a Vecor que entre.

El oficial de la marina volvió a introducirse en el despacho y quedó en oposición de firme ante su jefe.

—Observa lo que voy a decirte, Vecor. Los militares de Helikón que fracasan en una misión encomendada no suelen tener otra oportunidad. Yo voy a dártela. Harás una nueva exploración por la zona donde deben estar refugiados nuestros enemigos. Especialmente investigarás sobre la isla de Nantucket. Emplea los detectores de metales y los amplificadores de ondas sonoras. Quizá nuestros enemigos se hallan escondidos en alguna profunda caverna que no sea fácil descubrir. Esta vez no admito el fracaso.

—Te doy las gracias por esta nueva oportunidad, Zador. Ten la seguridad de que pondré todo mi celo en la empresa.

—Tu cabeza me responde de ello, Vecor. No toleraré un nuevo fracaso. Puedes retirarte.

El oficial abandonó el despacho y Glinko y Zador continuaron haciendo conjeturas sobre la situación.

—Si esos hombres consiguieran cualquier victoria, por pequeña que sea, contra nosotros, la población de la Tierra se sentiría más animada a combatirnos. Es preciso que los aniquilemos cuanto antes…

—Se redoblarán todos los esfuerzos para encontrarlos, Zador. Estoy seguro de que esta vez no conseguirán escapar.

—Lo importante es que la operación se realice con rapidez. La fecha indicada para apoderarnos de Marte y de Venus está próxima. No podemos perder energías en estos momentos.

—Todo se resolverá satisfactoriamente —dijo Glinko con acento de confianza.

CAPÍTULO IV

La puesta a punto del TOPO-K estaba llegando a su fin. Después del último incidente nada había venido a entorpecer el acelerado ritmo de trabajo de aquellos hombres.

Habían pasado cinco días y Dan y el profesor Kinley forzaron hasta el máximo la capacidad de trabajo de los hombres que constituían su equipo.

—Unas horas más y podremos intentar el despegue —dijo Dan en un momento de reposo.

—Yo creo que debemos dar una explicación concreta de nuestro objetivo —sugirió el profesor Kinley.

—También me lo parece a mí, profesor. Conseguiremos una mayor eficacia si detallamos a nuestros hombres cuál es la misión que nos hemos impuesto.

—¡Por fin va a ser satisfecha nuestra curiosidad! —exclamó Guy.

—¿Quieres decir a nuestros hombres que se reúnan en el despacho central, Charlie?

—Lo haré con mucho gusto, Dan.

Charlie se apartó de sus amigos para dirigirse a los hombres que, en pequeños grupos, descansaban durante unos minutos de su pesada tarea.

Cuando llegaron al lugar indicado Dan, Myriam, Guy y el profesor estaban esperándoles. Silenciosamente se acomodaron en el interior de la sala y Dan tomó la palabra:

—Amigos —dijo éste a manera de introducción—; nos encontramos al final de la etapa más decisiva de nuestra aventura. Dentro de pocas horas TOPO-K estará en condiciones de entrar en acción. Del éxito de nuestra empresa depende la libertad de nuestro mundo. Muchos riesgos hemos corrido y muchos tenemos que correr todavía, pero nuestras posibilidades de vencer han ido acrecentándose día tras día. Nuestros enemigos disponen de un arma capaz de destruir a voluntad la vida sobre nuestro planeta. Ése es el motivo más poderoso que tenemos los terrestres para soportar el yugo de los invasores. Esa arma es la llamada «Base Titán». Nuestro objetivo es destruirla. Si nuestros cálculos son acertados, el TOPO-K es capaz de realizar esa empresa. Dentro de algunas horas podremos comprobar nuestra hipótesis.

—¿Me permites una pregunta, Dan? —cortó Guy.

—Puedes hacerla.

—¿Estás seguro de que nuestros enemigos no reemplazarán esa base aérea?

—El profesor y yo hemos llegado a la conclusión de que no es fácil que dispongan de los elementos necesarios para construir otra base semejante. El mundo del cual provienen los hombres de Helikón es muy pequeño y no cuenta con demasiados recursos naturales. Los recursos que sacan de la Tierra son empleados en preparar su flota sideral para conquistar los demás planetas de nuestro sistema solar.

—No comprendo cómo puedes decir que es un mundo pequeño el de nuestros enemigos. Helikón es una estrella de tamaño parecido al de nuestro sol, y el sol es muchos miles de millones más grande que la Tierra.

—El profesor Kinley te aclarará esa cuestión.

Kinley tomó la palabra y con voz reposada se explicó ante el auditorio.

—Los hombres de Helikón dicen venir de la nueva y refulgente estrella aparecida en nuestro firmamento. Eso no es cierto. Al hacer esa afirmación no pretenden otra cosa que deslumbrar a los terrestres, haciéndoles creer que son seres casi sobrehumanos. El Sol gemelo al que rige nuestro sistema solar no existe realmente. De tener una existencia material se habrían producido grandes trastornos gravitatorios que hubieran dado al traste con nuestro sistema.

—¿Entonces esa lejana estrella que vemos brillar en el espacio qué es? —preguntó Myriam.

—Esa estrella —afirmó el profesor— no es otra cosa que la propia luz de nuestro Sol. La emisión de luz solar, hecha en los primeros años de formación de nuestro sistema ha dado la vuelta al Universo esférico y se dirige de nuevo hacia el foco emisor. Aunque parece estar próxima al Sol se encuentra todavía a muchos años-luz de su objetivo. El fenómeno no es nada nuevo. Hace ya muchos años que han podido observarse en el firmamento las llamadas «estrellas dobles». Se llaman así porque la aparente proximidad entre ellas es mucho mayor que lo corriente. Durante mucho tiempo los hombres de ciencia han desconfiado de su existencia real, pues semejante proximidad no es lógica, considerando las fuerzas gravitatorias que entrarían en acción según la masa de estas estrellas. La teoría que las supone como una estrella y su propia luz fue promulgada hace más de cincuenta años, el caso que nos ocupa actualmente viene a confirmarla.

—¿Entonces de dónde provienen los hombres de Helikón? —

preguntó Charlie.

—Su mundo es un pequeño planeta errante que se ha estabilizado en nuestro sistema por un accidente cósmico. Según mis cálculos tiene el tamaño aproximado de la mitad de nuestra luna, y se halla enclavado en el foco de luz que hoy vemos brillar junto a nuestro sol, pero su distancia a la Tierra es mucho más pequeña que la que tiene este foco de luz.

—¿Y cómo es que no podemos verlo?

—No lo podemos ver sin la ayuda de algunos instrumentos. Un efecto de reverberación nos lo hace invisible. Desde cualquier observatorio astronómico sería muy fácil localizarlo, por eso los hombres de Helikón han tenido siempre tanto interés en alejar a todos los terrestres de los observatorios.

—Ésa es la explicación —intervino Dan—. Nuestro primer objetivo es destruir la «Base Titán». Quizá el segundo sea atacar ese pequeño planeta.

Un movimiento general de satisfacción recorrió a los seres allí congregados.

—Cuenta con nosotros, Dan —dijo Guy, haciéndose portavoz del sentir general—. Si las cosas son tal como nos las habéis explicado, no me extrañaría que tuviéramos éxito en nuestra empresa.

—Ahora ya sabéis cuáles son nuestros objetivos. Unas horas más de trabajo y empezaremos a actuar.

La reunión comenzó a disolverse y todos los hombres reemprendieron su tarea con renovada energía.

—¡Dan, es maravilloso! Cuando pienso que tal vez podamos volver a construir nuestro hogar siento una emoción indescriptible.

—Durante diez años he pensado lo mismo, Myriam. Ruega a Dios que tenga buen éxito nuestra empresa.

—Lo hago con toda mi alma.

—Ahora es preciso que te ocupes de que sean transportados al interior del TOPO-K la mayor cantidad de víveres posible.

—Entre dos hombres y yo podemos hacerlo.

Myriam se apartó del lado de su esposo para realizar la tarea que le había sido encomendada y Dan se unió al grupo de hombres que había reanudado su trabajo.

* * *

La noche estaba en calma sobre la isla de Nantucket. Hacía más de una hora que Ricardo había hecho el relevo de la guardia y los tres hombres intentaban taladrar la oscuridad de la noche con la aguda mirada de sus ojos.

—No tardará en amanecer —comentó Teógenes.

—Estaré más tranquilo cuando esto suceda —dijo otro de los hombres.

—Hay noches de luna clara en las que no es difícil vigilar, pero ahora no veo ni a dos dedos de mis narices.

Los tres hombres se hallaban en la parte exterior del conglomerado de rocas en cuyo hueco interior se hallaba la entrada de la escalera secreta.

De vez en cuando caminaban unos pasos para desentumecer sus miembros y otear en distintas direcciones.

—¿No has oído nada, Teógenes?

—No, Pablo.

—Diría que he escuchado rodar una piedra.

—Creo que te estás poniendo nervioso.

—Tal vez sea la oscuridad. No se ve a más de diez metros de distancia.

—Pronto amanecerá.

Los tres hombres volvieron a guardar silencio y sus oídos se abrían a la noche, intentando captar el más ligero rumor.

De lejos venía el blando y continuo rumor del mar. Las suaves olas de la marea se rompían contra los acantilados de la isla, llenando el aire con su infatigable susurro.

Esta vez fue Teógenes el que se detuvo para prestar atención.

—Me ha parecido oír un ruido extraño.

Los tres hombres prestaron atención durante unos minutos, pero no pudieron percibir ningún ruido.

—Tengo ganas de que acabe esta maldita noche —dijo Romualdo que era el tercero de los hombres.

—En tantos años que llevamos combatiendo contra nuestros enemigos, no me he sentido nunca tan nervioso.

—Lo mismo me pasa a mí, Pablo —dijo Teógenes.

—Debe ser porque nos encontramos hacia el final del largo camino que hemos tenido que recorrer.

—Una cosa es atacar en la oscuridad, moviéndose como tigres, y otra esperar el ataque.

Los tres hombres continuaron su vigilancia con los sentidos alerta. Los minutos fueron pasando y la confianza volvió a sus agitados espíritus.

Faltaban quince minutos para el relevo cuando llegó hasta a sus oídos el claro ruido producido por una piedra al rodar.

—Esta vez no hay duda —dijo Teógenes—. Eso ha sido una piedra rodando por la ladera.

—No os mováis de aquí —ordenó Pablo—; voy a acercarme un poco.

Empuñó su arma y con paso cauteloso se dirigió hacia el lugar de donde parecía provenir el ruido. La noche era impenetrable y apenas se podía ver a un metro de distancia. Fue avanzando lentamente hasta que sus compañeros lo perdieron de vista. El silencio volvía a prender sobre la atmósfera, haciendo más impenetrable la oscuridad.

De pronto sintió que alguien se movía a sus espaldas. Con gesto rápido se volvió, intentando apuntar con su arma al posible enemigo, pero su contrincante fue más rápido que él. Como una tromba se abalanzó sobre el sorprendido terrestre y consiguió arrebatarle el arma de las manos.

Pablo dirigió su mano hacia el cuchillo que llevaba pendiente de su cinturón. Un agudo dolor le atravesó el costado izquierdo, como si una lengua de fuego se hundiera en sus entrañas. Un segundo e inesperado enemigo había hundido en el costado de Pablo la lengua acerada de su cuchillo.

—¡Pablo, Pablo! ¿Sucede algo? —gritó la voz de Teógenes.

Pablo quiso dar la alarma a sus compañeros, pero las fuertes manos de su primer atacante se habían ceñido a su garganta, impidiéndole emitir el menor sonido.

Un dolor penetrante se dejó sentir en su pecho. De nuevo la hoja de acero de su enemigo se había hundido en su carne, abriéndole un camino a la muerte.

Pablo sintió que la vida se le escapaba por segundos. Con un esfuerzo sobrehumano pudo desenvainar su cuchillo y atravesó con él al enemigo que tenía delante. La presión que sentía sobre su garganta se aflojó y su enemigo se desplomó en el suelo, como fulminado por un rayo.

Reuniendo todas sus fuerzas intentó revolverse contra su segundo adversario pero recibió un fuerte golpe en la cabeza que lo abatió contra la húmeda tierra.

Teógenes y Romualdo abandonaron su posición y se dirigieron hacia el lugar donde se había producido la trágica escena.

—Algo le ha pasado a Pablo —murmuró Teógenes entre dientes.

No habían avanzado más de seis u ocho metros cuando un potente foco luminoso los iluminó por completo.

Los dos hombres levantaron sus armas en dirección al lugar donde estaba situado el foco. Un gruñido metálico llegó hasta sus oídos una décima de segundo antes de que cayeran fulminados por un brillante haz de finísimos rayos rojos.

El enemigo había combatido a la astucia con la astucia y su éxito no podía ser más absoluto.

La luz del foco luminoso se extinguió y el gruñido metálico de las terribles armas de los hombres de Helikón fue difundiéndose por el espacio, confundido con el rumor del mar, hasta perderse en la inmensidad de la noche.

Un nutrido grupo de hombres de Helikón fue concentrándose sobre el lugar de la dramática y silenciosa pelea.

—La entrada debe estar por aquí —susurró uno de los hombres.

—Encended las linternas de luz negra —ordenó el que mandaba el grupo.

Todos los hombres que constituían aquel siniestro grupo se pusieron unas gafas especiales y encendieron las linternas de luz negra.

Para quien no llevaba aquellas gafas nada había cambiado; la misma oscuridad hacía invisible los objetos, pero todos los hombres de Helikón veían con toda minuciosidad los alrededores que estaban registrando.

—¡Aquí! ¡Es aquí! —dijo en voz baja uno de los atacantes que en aquel instante introducía su linterna por una de las mirillas que tenía el conglomerado de rocas que enmascaraba la entrada de la escalera.

En pocos segundos se congregaron quince o veinte hombres alrededor de aquellas rocas y no tardaron en encontrar, en la parte inferior de las mismas, el agujero que permitía la entrada a la cavidad.

El que mandaba el grupo envió a un emisario para que comunicara con el resto de las fuerzas. Luego dio unas cuantas órdenes en voz baja.

—Hay que pillarlos por sorpresa. Traed un equipo de niebla somnífera. Inundaremos la galería con la niebla del sueño y procuraremos cogerlos vivos. Es preciso cerciorarse de que no tienen otros aliados.

—¿Y si nos hacen frente?

—Entonces haced uso de vuestras armas.

Rápidamente trajeron el aparato pedido por el jefe del grupo y lo hicieron pasar por el agujero que conducía a la cavidad interior del conglomerado de rocas y, en consecuencia, a la puerta de entrada de la secreta escalera.

El jefe del grupo dirigió el haz de luz negra de su linterna hacia la escalera que se abría a sus pies.

—Esto es demasiado grande. Sería preciso un nebulizador de

mayores proporciones.

—Puedo ir por uno mayor —sugirió uno de sus hombres.

—Necesitarías media hora para traerlo hasta aquí. Ese tiempo podría hacernos perder la ventaja inicial.

—¿Qué hacemos, pues?

—Vamos a descender por esta escalera. Si conseguimos colocar el nebulizador a la entrada de aquella galería que se ve al fondo tal vez consigamos que tenga la eficacia necesaria. Descended de uno en uno y procurad no hacer ni el menor ruido.

Mientras los hombres de Helikón iban realizando lentamente aquella operación, Pablo abría los ojos a la oscuridad de la noche. Sus heridas manaban abundante sangre y sentía que un frío mortal iba apoderándose de todo su cuerpo. A pesar de que sabía que le quedaban pocos minutos de vida no sentía ningún miedo. Sus labios musitaron con dificultad una oración.

Una suave brisa comenzó a soplar desde el Norte y le acarició la cara como si se tratase de una fría mano.

Por un instante se sintió algo mejor. Pensó en sus enemigos y le sorprendió que el silencio no hubiese sido roto por las armas de sus compañeros. Su débil corazón se aceleró un instante ante la sola idea del peligro que corrían los demás terrestres embarcados en aquella tremenda aventura.

Apretó fuertemente los dientes y comenzó a arrastrarse hacia la entrada de la escalera. Sus fuerzas habían huido casi por completo, pero su férrea voluntad y su indomable espíritu, tradicionales en la heroica raza española, le permitían ir avanzando milagrosamente. Tropezó con su fusil-ametrallador y aún tuvo alientos para cogerlo y seguir su terrible marcha sobre aquella tierra que reclamaba su vida con creciente apremio.

Por fin llegó al agujero que servía de entrada a aquella especie de pequeña cúpula construida con las rocas.

Hasta sus oídos llegó el rumor de las voces de sus adversarios. Un sobrehumano esfuerzo más y consiguió asomarse a la escalera. La profunda oscuridad le impedía ver a los hombres de Helikón, pero hasta sus oídos llegaba un rumor que delataba su presencia.

Pablo sabía que le quedaban pocos segundos de vida. Fue deslizando su fusil-ametralladora hasta conseguir colocárselo en la posición de tiro, luego apretó el gatillo y un terrible estruendo rompió el silencio de la noche.

A la luz de los fogonazos pudo sorprender el gesto de asombro de sus enemigos. Todavía no habían alcanzado el rellano interior de la escalera y comenzaron a rodar por la misma bajo el fuego

mortífero de Pablo.

Las balas se clavaban en los cuerpos de sus adversarios o rebotaban contra las duras paredes de roca, llenando el estrecho pasadizo con una barahúnda infernal. Pablo sintió que la vida se le escapaba. Detuvo un momento su mortífera acción y, con la mano izquierda cogió una pequeña piedra que introdujo en el espacio vacío del gatillo. La piedra oprimió su dedo y el fusil-ametralladora volvió a lanzar su mortífera ráfaga. Ya había expirado Pablo y su fusil seguía sembrando la muerte entre sus enemigos.

* * *

El fuego del arma de Pablo llegó al oído de los hombres que trabajaban en la cripta submarina.

—¡Pronto! ¡A las armas!

Ricardo había dado la voz de alarma y era el primero en introducirse por la estrecha galería que conducía al exterior, dispuesto a impedir que el enemigo llegase a invadir los amplios muelles subterráneos.

Los hombres de su guerrilla habían reaccionado con la celeridad de reflejos que habían adquirido en diez años de continua lucha. Uno tras otro fueron en pos de su jefe, por la estrecha galería que conducía hacia la escalera.

—¡Alto! —gritó Ricardo a sus hombres en cuanto hubo llegado al término de la galería.

La pequeña explanada que conducía al pie de la escalera se hallaba repleta de seres caídos en el suelo, de los que se escapaban múltiples gritos de dolor.

El arma de Pablo había enmudecido y sólo se escuchaba el jadear de los heridos.

Ricardo se había tumbado en el suelo y apuntaba con su fusil hacia la masa de enemigos. Un sordo zumbido metálico se dejó escuchar y un haz de mortíferos rayos rojos surgió de uno de los ángulos del rellano, introduciéndose por el hueco de la galería.

El hombre que estaba de pie detrás de Ricardo, cogido de lleno por aquel haz luminoso, lanzó un leve gemido y se desplomó al suelo sin vida.

Aquello fue una advertencia para los demás, que rápidamente se lanzaron cuerpo a tierra.

Ricardo apuntó hacia el foco de luz y disparó una ráfaga de su fusil. Una imprecación y un grito vinieron de aquel ángulo y se extinguió la luz.

—¡Pronto, traed unas linternas!

Dos de sus hombres se arrastraron hasta su jefe y poco después iluminaron con la luz de sus linternas aquella dantesca escena.

Cuatro hombres de Helikón, que habían quedado indemnes, abandonaron su sitio entre los muertos y heridos y, arrojando sus armas, subieron velozmente la trágica escalera. Su acción fue tan rápida que no dio tiempo de intervenir a Ricardo y sus hombres.

—¡Se nos han escapado! —rugió Ricardo—. Ahora vamos a convencernos de que los demás no encierran ningún peligro.

A una orden suya todos los hombres abandonaron el refugio de la galería para salir al rellano. Una breve investigación les convenció de que ya nada tenían que temer de aquellos desdichados.

—Vamos arriba, muchachos.

Uniendo la acción a la palabra se lanzó escaleras arriba hasta llegar a la parte superior.

—¡Malditos demonios! —masculló Ricardo. Había descubierto el cuerpo de Pablo que, caído sobre el primer escalón, todavía aprisionaba el fusil-ametralladora en sus manos.

—¡Han matado a Pablo! —exclamó José.

—¿Y Teógenes y Romualdo? —preguntó Ricardo.

Dos hombres salieron al exterior y volvían poco después con la triste noticia de la muerte de los dos hombres.

—¡Por San Jorge, que han de pagárnoslas todas juntas!

Todos los hombres de la guerrilla guardaron un profundo silencio, impresionados por la suerte de sus compañeros. Durante diez años habían convivido y luchado juntos, forjándose entre ellos una hermandad más fuerte todavía que la de la sangre.

—Vamos a buscar a los cuatro que se han escapado —sugirió uno de los hombres.

—¡Quietos! —ordenó Ricardo—. No debemos perder la cabeza. Seguro que la isla está infestada de enemigos. No podemos hacer otra cosa que encomendar a Dios el alma de nuestros camaradas y prepararnos a defender nuestro reducto.

Aquellos valientes y audaces hombres musitaron una oración por el descanso eterno de sus compañeros y se dispusieron a tomar las medidas necesarias para recibir el ataque, que a buen seguro, no habría de tardar mucho en producirse.

—Tú, Andrés y tú, Félix, montad la guardia en el exterior. Los demás replegaos al pie de la escalera.

—¿Hacemos frente a nuestros enemigos si vienen hacia aquí? —preguntó Félix.

—No. Limitaos a observarlos. Sólo si se presentan unas

condiciones muy propicias haremos fuego desde el exterior. De lo contrario les esperaremos al pie de la escalera y defenderemos la entrada desde abajo. Mientras tengamos municiones no serán capaces de penetrar en ella.

Todos los hombres obedecieron las órdenes de su jefe y se dispusieron a esperar.

CAPÍTULO V

La situación no podía ser más angustiosa para Dan y sus compañeros. Las observaciones hechas desde el exterior vinieron a confirmarles la negrura de sus previsiones.

Un fuerte contingente de hombres de Helikón había desembarcado en la isla y la ocupaba por completo. Ocho barcos de guerra habían atracado en la pequeña ensenada natural y desde allí se dirigían las operaciones.

Dan y Ricardo observaban desde su atalaya y se sentían sobrecogidos por la grave situación.

—Son muchos hombres para combatir con ellos.

—Ya lo sé, Ricardo; pero no es eso lo que más me preocupa. El acceso de nuestra Base subterránea es muy estrecho y tú y tus hombres lo podéis defender con cierta facilidad.

—Eso es cierto. ¿Qué es, pues, lo que te preocupa?

—Quisiera saber de qué otras fuerzas disponen.

—Con las que veo me basta —dijo Ricardo con su realismo acostumbrado.

—Mi preocupación no reside tanto en las fuerzas de tierra como en las de mar.

—¿Quieres explicarte?

—Nuestro dispositivo de salida queda fuera de nuestro círculo de visión. Si pudiéramos movernos no nos sería difícil echar una ojeada a la otra parte de este promontorio, pero en la actualidad no podemos permitir que ningún hombre se aleje más de ocho o diez metros de nuestro observatorio.

—¿Qué es lo que temes?

—Temo que nuestra salida esté obstruida por la flota adversaria.

—Sería un contratiempo. Yo creo que los hombres de Helikón no sospechan cuál es la salida de la cripta submarina. Han desembarcado en una ensenada natural que les facilita la operación. Quizá no piensen cuál es la importancia de nuestra Base secreta. Tal vez crean que se trata de un simple refugio excavado en la roca.

Dan movió la cabeza con un gesto que ponía en duda la posibilidad expresada por Ricardo.

—Lo más importante es que se retrasen lo más posible en realizar su ataque. Todavía necesitamos algún tiempo para poner a punto al TOPO-K. ¡Fue una desgraciada ocurrencia desmontar por completo los motores!

—No tienes por qué lamentarte. En cierto modo era necesario que lo hicieras. Después de tantos años podían haberse estropeado.

—Los hombres están trabajando con ritmo desesperado. Voy a volver al interior y veré la manera de acelerar las cosas. Algo puede intentarse para ganar algún tiempo.

—Puedes irte tranquilo. Yo mismo estaré de vigilancia aquí.

Dan abandonó el observatorio y descendió la escalera para dirigirse a la Base subterránea. Durante diez años había soportado pacientemente la terrible situación. Su corazón se había nutrido con la esperanza de poder poner en marcha el plan concebido en aquel lejano tiempo. Ahora se sentía nervioso. ¡Tantas fatigas, tantos sinsabores, tantas esperanzas podían venirse abajo de un momento a otro! El TOPO-K todavía necesitaba unas horas para intentar una salida. Una dificultad en el emplazamiento del dispositivo para lanzar los torpedos atómicos había alargado el número necesario de horas para terminar.

Mientras caminaba por la estrecha galería un tumulto de angustiosos pensamientos cruzaba por su mente. Aunque sabía que Ricardo y sus hombres estaban hechos con fibras de acero no había querido comunicarles algunos pensamientos que podían ser deprimentes. La estrecha escalera y el no menos angosto pasadizo eran fáciles de defender, pero esto era contando con que los hombres de Helikón atacaran con armas corrientes. Nada hacía pensar que esto sucediera así. Aquel maldito pueblo disponía de grandes adelantos técnicos y a buen seguro que no los habían querido emplear, al objeto de cogerlos vivos. Una simple maniobra de la «Base Titán» hubiera sido suficiente para que la isla de Nantucket desapareciese del mapa.

Aunque el enemigo no estuviese dispuesto a emplear un arma tan definitiva, no le cabía la menor duda de que disponían de otras, igualmente eficaces, y con capacidad suficiente para darles la victoria.

Atormentado por estos pensamientos llegó al dique subterráneo.

Todos los hombres trabajaban sin darse un segundo de descanso. Hauer y el profesor Kinley no tenían un momento de reposo, dirigiendo los dos grupos que se les había encomendado. La misma Myriam, que había terminado de transportar los víveres al TOPO-K, trabajaba como un hombre más, volcando todas sus fuerzas en la dura tarea.

—¿Cómo van las cosas, Dan? —preguntó el profesor.

—Parece ser que están en la primera fase de su operación. No creo que se produzca el ataque antes de un par de horas.

—No son suficientes para nosotros —respondió el profesor—. Necesitamos un mínimo de cuatro horas para poner al TOPO-K en condiciones de combatir.

—¿Cómo van los motores?

—Eso va bien. Incluso hemos mezclado ya el combustible para las grandes velocidades. Las cargas iniciales de propulsión para el despegue también están a punto.

Dan miró una vez más el extraño aparato. Se encontraba en un dique seco, formado por una rampa inclinada de unos treinta metros. Cuatro raíles se adaptaban al dispositivo de deslizamiento del aparato, a la manera de los utilizados para la botadura de barcos. Un gran bloque cerraba la salida para evitar los efectos de la marea, que no había sido posible eliminar totalmente.

—El desplazamiento del bloque supone un par de horas más de trabajo,

—Si dispusiéramos de más hombres podríamos quitarlo mientras terminamos nuestra tarea, pero no podemos prescindir de nadie.

Dan meditó unos segundos en las palabras del profesor.

—Creo que se me ocurre una idea. Podríamos intentar una voladura.

Hauer, que trabajaba en las proximidades de los dos hombres, levantó la cabeza al escuchar estas palabras.

—Eso puede resultar una operación muy peligrosa. El TOPO-K se encuentra demasiado cerca de ese bloque y puede ser afectado por la explosión.

—No tema, Hauer —contestó el profesor—. Yo me encargo de eso. ¿De qué explosivos disponemos?

—En uno de los almacenes —contestó Dan— hay una considerable cantidad de TNT. Tal vez son restos del explosivo empleado para socavar esta base secreta.

—Me alegro de que sea así —respondió el profesor—; es un explosivo que conozco muy bien y podré calcular con absoluta precisión la carga necesaria para destruir el bloque sin que sufra el TOPO-K ningún desperfecto. Si tuviéramos algo de dinamita aún sería mejor.

—También la tenemos.

—Entonces, manos a la obra. Tú, Dan, puedes encargarte del trabajo que yo estaba realizando. Hauer y Charlie pueden ayudarme.

Las instrucciones del profesor fueron seguidas rápidamente y unos minutos después los tres hombres estaban dedicados a la tarea.

El profesor midió cuidadosamente, el volumen del bloque y

calculó las cargas necesarias. Hauer fue taladrando profundos agujeros en los lugares indicados por el profesor Kinley, mientras Charlie preparaba las cargas.

—Cada uno de esos agujeros —dijo el profesor— debe ser rellenado con TNT, luego meteremos un cartucho de dinamita que servirá de fulminante; calcularemos las mechas para que la explosión se produzca al unísono.

Charlie tenía a sus pies varias decenas de kilos de TNT y algunos paquetes de cartuchos de dinamita, de veinte cartuchos cada uno.

Terminados los agujeros se puso la carga en el interior. El profesor Kinley calculó las mechas para los cartuchos de dinamita y la operación estuvo terminada en menos de cuarenta minutos.

—¿Cómo van las cosas, profesor? —preguntó Dan, asomando su cabeza por una de las escotillas del avión.

—Ya está todo listo, muchacho. Podemos intentarlo cuando tú digas.

Dan salió del aparato y se incorporó al grupo formado por sus tres amigos. Con una mirada abarcó la labor realizada y luego fijó sus ojos en los del profesor.

—Lo he hecho de la mejor manera posible —dijo el profesor a manera de explicación—. Teóricamente el bloque se desmenuzará, sin que sus trozos salgan disparados a más de seis o siete metros de distancia. Espero que no surja algún imprevisto en mis cálculos.

—Nadie mejor que usted ha podido calcular esto, profesor —respondió Dan—. Esperemos que todo salga bien.

—Dan, vamos a intentarlo.

Hauer recorrió los distintos puntos donde se estaba trabajando y ordenó a todos los hombres que se concentraran a la parte opuesta del sitio en que iba a producirse la explosión.

—Vamos allá, profesor.

Entre los cuatro hombres alejaron el resto de los explosivos, y se dispusieron a realizar la operación.

Charlie encendió un cigarrillo y se dirigió hacia el bloque. Ágilmente fue encendiendo todos los cabos de mecha que sobresalían de los agujeros y con una rápida carrera volvió al sitio donde se encontraban los demás.

Las mechas fueron consumiéndose con el ritmo previsto. Una sorda pero potente explosión hizo retumbar las paredes de la inmensa gruta y algunos trozos de roca se desprendieron de las mismas. Por un momento pareció que la gran cúpula iba a venirse abajo, sepultando a los arriesgados aventureros, pero la onda sonora se fue difundiendo hasta perderse por completo.

Cuando la columna de humo se hubo disipado, el final de la rampa había quedado libre.

—Pronto, vamos a acabar de despejar el camino.

Mientras el profesor ordenaba la reanudación del trabajo, Hauer, Guy, Charlie y Dan se dedicaron a apartar los fragmentos del bloque que podían entorpecer el deslizamiento del TOPO-K.

Diez minutos más tarde se reintegraban todos a sus puestos en una loca carrera contra el tiempo.

Una hora más tarde llegaba Ricardo al interior del TOPO-K, donde estaba trabajando Dan.

—¡Dan, ya han iniciado el ataque!

Dan abandonó su trabajo y salió al exterior del aparato en compañía de Ricardo.

—¿Son muchos? —preguntó Dan.

—Eso es lo peor —replicó el aludido—. No es un ataque como yo me esperaba. Esos demonios no quieren ponerse a tiro de nuestras armas.

—¿Qué procedimiento emplean, pues?

—Están cubriendo la isla con una de esas malditas nubes soporíferas. La niebla del sueño va ascendiendo hacia nuestro observatorio.

—Repliega a tus hombres al pie de la escalera y cerremos las puertas. Nosotros continuaremos trabajando mientras nos quede la más mínima esperanza.

Ricardo partió velozmente hacia el otro extremo de la galería, no sin antes hacer una advertencia a su amigo.

—Los tres hombres de vigilancia y yo permaneceremos al pie de la escalera. Si escucháis el ruido de nuestras armas haz que el resto de mis hombres cojan sus armas y se unan a mí. Si derriban las puertas combatiremos hasta el último minuto.

Dan dio su asentimiento al plan de Ricardo y alentó a los hombres que estaban trabajando.

Los minutos fueron pasando y la actividad creció hasta el punto de que la base secreta llegó a parecer una verdadera casa de locos.

Todos los hombres habían sacado fuerzas de flaqueza y redoblaban sus esfuerzos por conseguir poner al TOPO-K en condiciones de entrar en acción.

Todos tenían el oído atento, en espera de escuchar, de un momento a otro, el fatídico tableteo de los fusiles ametralladoras.

Ricardo había cerrado las puertas de entrada y pegaba su oído a las paredes de roca viva, esperando escuchar las voces de sus enemigos. La nube soporífera ya debía cubrir toda la isla.

Por último fue llegando a sus oídos un vago rumor, indicador de que los hombres de Helikón habían llegado hasta el observatorio exterior.

Unos golpes dados con violencia le indicaron que estaban intentando derribar las puertas, para que el gas soporífero se introdujera en la galería subterránea.

—Adosaos contra las paredes —ordenó a sus hombres—. Si consiguen derribar las puertas les haremos frente.

Ricardo no quería avisar al resto de sus hombres para no restar posibilidades de poner a punto al TOPO-K. Él y los otros tres hombres procuraron alcanzar una posición ventajosa en el reducto en el cual finalizaba la escalera, sin perder de vista la puerta de entrada.

Los hombres de Helikón redoblaban sus esfuerzos para conseguir abrirse paso, pero las hojas de acero resistían hasta el momento todas las violencias.

Un silencio impresionante siguió al furioso golpeteo.

—¿Se habrán ido? —preguntó uno de los hombres.

—Ten la seguridad de que no ha sido así —respondió Ricardo—. Seguramente pretenden emplear otro procedimiento para derribar esas puertas.

Las palabras de Ricardo se vieron confirmadas pocos minutos después. Una suave luz rojiza comenzó a iluminar los primeros peldaños de la escalera. Ricardo agudizó su mirada y descubrió cuál era la causa de aquella luz.

—Están fundiendo las puertas. Preparaos para entrar en acción.

En efecto, el reverso de las puertas de acero había ido enrojeciéndose hasta adquirir un color blanquecino, propio de los metales a punto de fundirse. Unas pesadas gotas de acero derretido comenzaron a desprenderse pesadamente y unos segundos después, el total de las puertas se convertía en una pequeña y fulgurante cascada de metal ardiente. A través del hueco penetró un fulgurante rayo de blanquísima luz que, al mismo tiempo que iluminaba el recinto, arrancaba una pequeña nube vaporosa de las paredes de roca viva.

Ricardo y sus hombres permanecieron inmóviles en espera de los acontecimientos. Éstos no se hicieron esperar mucho.

Unos flotantes jirones de blancuzca niebla comenzaron a introducirse en la escalera. Era la niebla del sueño.

Ricardo esperaba una oportunidad para disparar sobre sus enemigos pero éstos se mostraban reacios a introducirse en aquel desfiladero de la muerte.

Los jirones de niebla flotaban perezosamente a la entrada de la escalera, pero pasaron los minutos sin que la maligna nube irrumpiera decididamente en el inferior.

En la parte de afuera, un fantástico grupo de hombres de Helikón, revestidos con sus equipos contra los efectos de la niebla, esperaba ansiosamente los resultados de su intento. Todo el promontorio se hallaba ocupado por aquellos hombres fantásticos, armados hasta los dientes.

—No conseguiremos nada. Te digo que no conseguiremos nada —dijo uno de los hombres a su interlocutor.

—¿Crees que no penetrará la niebla en ese recinto, Kolmak?

—Eso quiero decir exactamente. Advertí a Vecor que no era bueno el procedimiento.

—En otras ocasiones...

—En otras ocasiones, sí; pero las condiciones eran distintas. Ahora hemos empleado una mezcla menos densa que el aire, para que fuera ascendiendo desde el litoral hasta cubrir por completo la isla. Nuestros detectores indican que el adversario se halla por debajo del nivel del mar. La nube tendría que ser más pesada que el aire para que se introdujera hasta ese nido de ratas.

—¿Qué hacemos, pues, Kolmak?

—Si Vecor tiene ganas de que le corten la cabeza, allá él. Yo pienso acabar con ese nido de ratas, sea como sea.

—¿Qué debemos hacer?

—Trae un nebulizador de mano. Inyectaremos el gas a toda presión para que vaya penetrando hasta los más apartados rincones.

El subordinado se alejó unos doscientos metros del lugar donde había sostenido la conversación con su jefe y volvió poco después, acompañado por un hombre, que era portador del aparato necesario.

El equipo inyector del gas constaba de dos piezas unidas por un tubo de materia plástica; una de ellas era el depósito del gas e iba colocada a la espalda, la otra consistía en un pequeño cilindro, por el cual era expulsado el gas soporífero y que se colocaba sobre el pecho. Dos tirantes de cuero adaptaban el aparato a los hombros de su portador.

—Vamos a entrar.

El hombre comenzó a descender los primeros peldaños mientras cuatro de sus compañeros enfocaban sus armas, por encima de su cabeza, hacia el interior.

El hombre apretó un pequeño resorte y un poderoso chorro de vapor blanquecino se proyectó escaleras abajo.

Ricardo, oculto en la oscuridad, había estado observando toda la maniobra. Apoyó silenciosamente su arma contra el hombro y apretó el gatillo.

El hombre que llevaba aquel extraño aparato se desplomó sobre la escalera y fue rodando hacia el rellano inferior.

Los cuatro hombres de Helikón encargados de proteger a su compañero hicieron funcionar sus armas. Cuatro poderosos haces de mortífera luz barrieron la escalera y la mayor parte del rellano inferior, pero la posición ocupada por Ricardo y sus hombres se encontraba fuera del campo barrido por las terribles armas.

—¡Duro con ellos, muchachos!

Las armas de los terrestres enviaron una nube de plomo sobre el hueco superior de la escalera, obligando a los enemigos a abandonar su posición.

Los restantes hombres de la guerrilla vinieron precipitadamente a unirse al grupo que capitaneaba Ricardo.

—No salgáis de la galería —ordenó en español a sus hombres—. Disparad desde el interior, uno en el suelo, otro encima de él, otro de rodillas y un cuarto de pie. Los demás cubrid bajas.

Durante más de media hora se prolongó aquel juego con la muerte. Cuantas veces intentaron los hombres de Helikón barrer con sus armas el lugar fueron rechazados por el impetuoso fuego de los terrestres.

Pero los recursos de aquellos hombres no estaban agotados. Media docena de pequeñas esferas de cristal penetraron por el hueco de las puertas y vinieron a estrellarse contra el rellano de la escalera. Las pequeñas esferas llevaban en su interior un gas muy concentrado, que comenzó a esparcirse con gran rapidez.

—¡Pronto, a la galería!

Los tres hombres que permanecían en el rellano obedecieron la orden dada por Ricardo, mientras que éste disparaba su fusil contra la abertura superior, para impedir que los enemigos intentaran aprovechar aquel instante. Luego retrocedió él mismo y se unió a sus hombres.

—Hay que ceder terreno. Nos introduciremos algo más en la galería y seguiremos dificultando el paso a nuestros enemigos.

* * *

Mientras Ricardo y sus hombres reñían la terrible batalla, Dan y los demás se esforzaban desesperadamente por adelantar el trabajo.

El profesor Kinley abandonó el destornillador que estaba utilizando y se sentó en el suelo de la cámara de torpedos.

—No puedo más, Dan. Lo siento, pero no puedo más.

—No se preocupe, profesor —intervino Guy—; yo terminaré eso.

El gigante se arrodilló en el lugar que había ocupado momentos antes el profesor Kinley y remató la tarea que éste había iniciado.

Dan no había querido responder al profesor. Estaba convencido de que el anciano había hecho más que lo que podía exigírsele. Él mismo y Charlie y Myriam, al igual que Hauer, se encontraban agotados. Solamente Guy había conseguido resistir bien el tremendo tren de trabajo que llevaban durante las últimas horas.

—Yo tampoco puedo más, Dan —dijo Myriam.

Dan interrumpió su tarea y miró a sus compañeros con gesto de desaliento.

—Hemos perdido la partida —dijo con voz desesperada—. Los disparos de Ricardo y sus hombres se escuchan cada vez más cerca.

Un silencio sepulcral subrayó las palabras de Dan. De vez en cuando, una ráfaga de ametralladora venía a dar noticias de la dura lucha mantenida por Ricardo y sus hombres. Como bien había dicho Dan, cada vez se oían más cercanos los disparos, indicando claramente que las fuerzas de Ricardo retrocedían.

—Sí, creo que hemos perdido la partida —repitió Dan.

Myriam se acercó hasta su marido y se apretó contra él en un instintivo gesto de desamparo. Dan la atrajo cariñosamente y susurró unas palabras a su oído.

—Ten valor, querida,

—No te preocupes por mí, Dan. Me basta con estar a tu lado.

—¿Es mucho lo que queda por hacer? —preguntó Hauer.

—El aparato está ya en condiciones de volar —respondió Dan—, pero nos falta transportar las cargas de hidrógeno para los torpedos atómicos.

—¿Y no podríamos intentarlo?

—Nosotros cinco tardaríamos muchas horas en conseguirlo. Incluyendo el grupo de Ricardo aún serían precisas dos horas para hacer el transporte.

—Nos ha vencido el tiempo —comentó el profesor Kinley, con apagada voz.

—Es desesperante —intervino Guy—. Me quedaré con las ganas de pilotar este espléndido aparato. He dedicado quince horas diarias a aprender su manejo y ahora…

Dan levantó la cabeza y miró la cara de sus compañeros.

—Ha fracasado nuestra empresa. La Humanidad pierde una de sus mejores esperanzas de recobrar la libertad.

—No me resigno a la derrota —dijo Guy.

—Lo único que podemos hacer es intentar escapar con nuestro aparato —continuó Dan—. El TOPO-K se encuentra en condiciones de despegar. Llamaremos al grupo de Ricardo e intentaremos marcharnos de aquí, abandonando las cargas de hidrógeno.

Las palabras de Dan no fueron acogidas con mucha alegría por parte de aquellos seres. Si era importante para ellos el conservar la vida, todavía lo era más el rescatar la libertad de la Humanidad entera. Las palabras de Dan no habían despertado, pues, gran entusiasmo.

—¿Crees que tendremos ocasión de proseguir nuestro plan más adelante? —preguntó Charlie.

—Sinceramente, no. Resulta casi imposible hacernos con una nueva provisión de hidrógeno pesado, eso sin contar que el enemigo se halla advertido y no dejará ningún lugar de la Tierra sin registrar, hasta dar con el paradero del TOPO-K.

En aquel momento las armas que manejaban los hombres de Ricardo sonaron a la entrada misma de la galería.

Dan y Guy descendieron del TOPO-K y se aproximaron a la estrecha puerta de la galería.

Los hombres de Ricardo fueron saliendo del angosto túnel y por último lo hizo su jefe.

—¿Cómo van las cosas, Ricardo?

—Es inútil todo, Dan. Avanzan protegidos por la nube del sueño. Hemos tenido que ir cediendo terreno. Les hostigaremos desde aquí mientras sea posible. Luego… ¡Por San Jorge, que no me gusta esto!

Dan miró largamente a aquellos hombres, que iban ocupando las posiciones que les indicaba Ricardo. Sus rostros acusaban claramente el esfuerzo que habían realizado y sus ropas aparecían empapadas de sudor. Hombres tan admirables no debían morir.

—Ricardo.

—Dime, Dan.

—Ordena a tus hombres que se replieguen al interior del aparato.

—¿Qué pretendes, camarada?

—El TOPO-K puede emprender el vuelo. No hemos logrado trasladar a su interior las cargas de hidrógeno para los torpedos, pero debemos intentar librarnos de nuestros enemigos.

—No me gusta que fracase así nuestra empresa. Si hay alguna posibilidad de llevarla adelante, aunque me cueste la vida a mí y a todos mis hombres, dínosla y te obedeceremos.

—Es inútil. Todos juntos necesitaríamos dos horas para realizar ese trabajo.

—Desde aquí podríamos defender la entrada de la galería con sólo un par de hombres, pero la niebla soporífera no tardará más de diez minutos en llegar hasta este recinto. Dentro de media hora caeremos todos en manos de nuestros enemigos, sumidos en un profundo sueño.

—Entonces, obedece mis instrucciones. Otra cosa sería un sacrificio estéril.

Ricardo comprendió la razón que asistía a su amigo y se decidió a obedecer. Apostó a dos de sus hombres junto a la puerta, para evitar que los enemigos irrumpieran en el interior de la base y los aniquilaran con sus armas.

—Disparad una ráfaga de vez en cuando. Los demás replegaos al interior del aparato.

En pocos segundos realizaron la maniobra. Guy comenzó a conectar los dispositivos de arranque y los motores auxiliares comenzaron a zumbar suavemente.

—Voy a poner en marcha el mecanismo de salida —dijo Hauer.

Uniendo la acción a la palabra saltó del aparato y se dirigió hacia el lugar donde estaban situados los mandos que accionaban el dispositivo. Con gesto preciso fue moviendo las distintas palancas y el agudo silbido del aire llenó por completo la inmensa bóveda.

Cuando estuvo de nuevo en el avión dio un suspiro de alivio.

—El mecanismo funciona perfectamente. Dentro de veinte minutos tendremos libre la salida.

Dan dirigió sus ojos hacia los dos hombres que guardaban la entrada de la galería y vio algo que le heló la sangre en las venas. Por la estrecha boca de entrada comenzaron a salir unos flotantes jirones del blanquecino gas.

—¡También ahora llegamos tarde! ¡Mirad!

Todos los ojos se dirigieron hacia el punto señalado por Dan.

—¡No nos dará tiempo a que se abra nuestra salida! —casi gritó Hauer.

—En diez minutos la cueva se hallará inundada por ese gas —añadió el profesor Kinley.

—¿No podemos encerrarnos en el interior del aparato? —preguntó Charlie.

—Eso no resuelve nada. En cuanto esta cueva esté inundada por ese gas los hombres de Helikón podrán penetrar tranquilamente en ella, pues nadie podrá hacerles frente. En el interior de nuestro aparato quedaremos resguardados de los efectos de esa nube, pero no podremos repeler la agresión de esos hombres, los cuales nos destruirán con sus poderosas armas.

—¡Qué lástima que aquí no tenga yo los elementos de que dispuse en el laboratorio atómico! —se lamentó el profesor—. Hubiera sido fácil improvisar unas mascarillas, como hicimos en aquella ocasión.

Ricardo se asomó a la escotilla y dio a los dos hombres que guardaban la entrada del túnel orden de que volvieran.

Los dos hombres dispararon por última vez sus fusiles ametralladoras y se reintegraron al grupo, que se hallaba cobijado en el interior del aparato.

—¡Si al menos nuestro aparato se hallara en posición contraria! Hubiéramos podido hacer fuego con las armas de proa contra nuestros enemigos.

—¿Entonces, estamos perdidos? —preguntó Charlie.

—Así es, querido amigo.

—¿No hay ninguna solución?

—No, Charlie, no. Si la hubiera la pondríamos en práctica.

Charlie guardó silencio y una idea fue creciendo en su mente.

—Es preciso cerrar la escotilla —dijo Dan.

—Espera un momento —sugirió Charlie.

Mientras Dan le dirigía una mirada interrogadora, Charlie se levantó de su asiento y descendió del aparato rápidamente.

—¿Qué vas a hacer?

—No te preocupes, Dan. Vuelvo enseguida.

—¿Qué demonios se le ocurre ahora a Charlie? —preguntó Ricardo.

Charlie avanzó serenamente, poniendo una mayor distancia entre él y el aparato. La nube soporífera iba extendiéndose por el interior de la base, pero todavía no había alcanzado la densidad suficiente.

—Debe habérsele olvidado algo —comentó Myriam.

—Tiene que volver enseguida o ese maldito gas comenzará a penetrar en nuestra nave —comentó Hauer.

Charlie se había dirigido hacia un rincón situado a unos veinte metros de la puerta de entrada del túnel por el cual avanzaban los hombres de Helikón. Con sereno gesto extrajo un cigarrillo de su paquete y le prendió fuego, colocándolo entre sus labios. Se agachó un instante hacia el suelo y volvió a erguirse; luego, comenzó a caminar aceleradamente hacia el túnel.

—¿Pero qué va a hacer ese hombre? —preguntó Hauer.

—¡Lleva dos paquetes de cartuchos de dinamita! —exclamó Myriam.

—¡Eh, Charlie! ¡Vuelve atrás! ¡Vuelve!

Charlie detuvo un segundo su marcha, cuando ya se encontraba a pocos metros de la entrada del túnel.

—¡No te preocupes, Dan! ¡Yo os proporcionaré el tiempo que os falta!

—¡Vuelve, Charlie, camarada, vuelve!

Charlie abandonó durante un instante el fardo que llevaba en la mano derecha y levantó la mano en el aire en señal de despedida.

—¡Adiós, amigos! —gritó sin quitarse el cigarrillo de la comisura de los labios—. ¡Buen viaje!

—¡Vuelve, Charlie!

Charlie hizo un último gesto con la mano y cogiendo el paquete de cartuchos que había dejado en el suelo se introdujo en la galería.

Dan tuvo un movimiento instintivo e intentó lanzarse en busca de su compañero, pero la férrea mano de Guy le detuvo.

—No puedes hacer nada, Dan. Acepta el sacrificio de Charlie como el mejor gesto de solidaridad y de fraternidad.

Pasaron unos segundos en el más absoluto silencio. De pronto, una horrorosa explosión, seguida de otra poco después, sacudió las pétreas paredes de la base secreta con un temblor que duró más de quince segundos.

Pasado el horrible estampido, llegó hasta los oídos de los emocionados terrestres el fragor producido por miles y miles de toneladas de roca desplomándose sobre la estrecha galería. La nube de gas cesó de fluir hacia el interior de la cripta submarina y un impresionante silencio siguió l estruendo formidable.

Charlie había conseguido su objetivo.

CAPÍTULO VI

Un profundo estupor se apoderó de los mudos testigos de aquella tragedia. Myriam paseó una angustiosa mirada por el rostro de aquellos hombres. Los españoles tenían apretadas las mandíbulas, en un gesto que demostraba la viril dureza de aquellos hombres ante la adversidad; Guy tragaba saliva con dificultad y el profesor Kinley había sumido su mirada en un punto lejano, como si intentase ver con los ojos de la conciencia el abnegado y definitivo gesto de Charlie. Dan miraba la estrecha entrada del túnel, el cual debía haberse hundido por su parte central.

—Dan… —susurró Myriam con tono afectuoso.

—Es terrible —murmuró Dan.

—La idea es buena; ¡lástima que le haya costado la vida a Charlie! Al hacer estallar las cargas de dinamita ha provocado el hundimiento de la galería.

—Así es, profesor —corroboró Guy—. De esta manera ni los hombres de Helikón ni su terrible gas podrán penetrar hasta aquí.

—¡Por san Jorge! Charlie merecía haber nacido sobre el suelo de mi Patria —exclamó Ricardo, orgulloso de pertenecer a su valerosa raza.

—Debemos aprovechar el sacrificio de Charlie, según era su deseo —intervino Hauer, cuya cara se mostraba impenetrable para ocultar sus sentimientos.

—Dentro de pocos minutos estará libre la salida —dijo Guy—. Saldremos con los motores auxiliares, luego que hayamos adquirido cierta velocidad pondré en marcha los reactores y por último los atómicos. Si saliéramos con los motores a reacción no podríamos resistir la formidable aceleración que éstos nos proporcionarían.

Dan guardaba silencio, sobrecogido por el frío y generoso sacrificio de su amigo. Durante varios años habían convivido en el campo de trabajadores-esclavos. Siempre había sido un muchacho un poco taciturno, pero de absoluta lealtad. Recordaba el entusiasmo con que acogió su proyecto para escaparse; su decidida acción cuando los rescató de la prisión, la misma noche en que habían decidido escaparse; la lucha con los hombres de Helikón en el puesto de guardia… Como una cinta cinematográfica pasaba por su mente el largo período de vida en común.

—¿No te parece, Dan?

—¿Qué dices? —preguntó a su vez Dan, saliendo de su

abstracción.

—Estaba repitiendo las instrucciones que tú me has dado tantas veces sobre la manera de despegar con el TOPO-K.

—Dentro de muy poco tiempo tendremos libre la salida —dijo Hauer.

Dan miró a todos sus compañeros. Le bastó ver sus caras para saber que todos ellos albergaban los mismos sentimientos respecto a la acción de Charlie.

—No. No vamos a despegar todavía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Guy—. El aparato responde perfectamente.

—Quiero decir que no vamos a despegar ahora. Charlie ha sacrificado su vida para darnos el tiempo que necesitamos, pero no podemos aprovechar su sacrificio para escapar como ratas. Los hombres de Helikón han de ser destruidos. La humanidad tiene derecho a rescatar su libertad, y el sacrificio de Charlie no ha de ser estéril. Pasarán muchas horas antes de que los hombres de Helikón puedan hacer un camino que les lleve hasta aquí; por lo tanto, podemos acabar lo que teníamos proyectado.

—Tienes razón, Dan —aseguró Ricardo entusiásticamente—. Ahora podemos trasladar las cargas de hidrógeno y hacer que nuestro aparato se convierta en una poderosa arma de ataque.

—No había pensado en ello —se disculpó Guy—. Tenéis razón.

Un general asentimiento se produjo entre todos aquellos seres.

—Manos a la obra, hijos míos —dijo el profesor, que se había reanimado ante aquella posibilidad—. Si nos damos prisa, podemos terminar en hora y media.

En breves segundos saltaron todos al suelo y se dedicaron con energía a realizar la tarea. Hauer volvió a maniobrar el dispositivo de salida y la corriente de aire cesó de empujar el agua, cerrándose de nuevo las compuertas exteriores.

Durante cerca de dos horas trabajaron denodadamente bajo la dirección de Dan y del profesor Kinley. Todos estaban agotados a consecuencia del ritmo mantenido últimamente, pero la esperanza de poder llevar a término la operación, tal como había sido concebida en un principio, les dio alientos para proseguir adelante.

Por fin fue introducida en el interior del TOPO-K la última carga de hidrógeno fusionable.

—Ya hemos terminado, camaradas —dijo Dan, con entrecortado aliento—. Ahora podemos despegar e iniciar nuestra ofensiva.

—No hay nada mejor para defenderse que atacar al adversario —comentó Ricardo, mientras se limpiaba el sudor de su cuello.

Hauer volvió a marchar hacia el mecanismo que actuaba el dispositivo de salida y lo hizo funcionar. Cuando regresó, Guy ya había puesto en marcha los motores de gasolina.

—Los motores uno y tres hacen un ruido extraño, Dan.

—Mantenlos a un cuarto de su potencia. No los necesitamos más que para conseguir la velocidad inicial. Una vez estemos en el aire podrás poner en marcha los reactores. Ya habrá sido vencida la inercia y los reactores podrán actuar progresivamente.

La corriente de aire fue aumentando en intensidad a medida que se iban abriendo las esclusas exteriores. Una luz verde comenzó a centellear en una de las paredes de la base secreta.

—Ya está el camino libre —dijo Hauer.

—Vamos allá, muchacho —ordenó Dan a Guy.

Guy fue quitando suavemente el freno y escondió el tren de aterrizaje. El TOPO-K se deslizó por los raíles de la rampa, y vino a posarse blandamente sobre la superficie del agua. Lentamente comenzó a navegar, introduciéndose por el túnel que unía el interior de la base secreta con el inmenso mar. La corriente de aire lo empujaba, permitiendo a Guy llevar los motores al mínimo de su potencia.

Hacía varias horas que el día sucedió a la dramática noche. Desde el interior del aparato se veía la boca de entrada al túnel, completamente iluminada por la luz de la mañana.

El aparato fue progresando mientras en el corazón de aquellos seres iba creciendo la esperanza. Por fin, abandonaron la estrechez del túnel y los rayos del sol cayeron de pleno sobre el aparato. Todavía no podía divisarse toda la amplitud del mar, porque el camino abierto por la corriente de aire ascendía en declive, y el TOPO-K se encontraba aún al principio de aquella asombrosa rampa de agua.

—Acelera algo más los motores —ordenó Dan.

Guy hizo lo ordenado y el aparato progresó más velozmente.

De los tres motores auxiliares, dos hacían unos ruidos extraños, que nada bueno auguraban.

—¿Qué te parece, Dan?

—No sé qué es lo que puede pasarles. Con tal de que podamos despegar me basta.

El aparato coronó finalmente la parte superior de aquel plano inclinado y un grito de asombro se escapó de los labios de Guy.

Tanto él como Dan y el profesor Kinley habían descubierto un desconsolador panorama: frente al TOPO-K, y en una semicircunferencia que envolvía la salida del túnel, se hallaba la

flota enemiga, dispuesta para entrar en acción. El resto de los expedicionarios no podía percatarse del peligro que les amenazaba, porque iban en una cabina especialmente acondicionada en la parte posterior del aparato.

—¡Acelera los motores, Guy! ¡Despega, despega!

Guy intentó realizar lo que le indicaba su amigo, pero los motores uno y tres no soportaban bien la entrada de aire y se pararon por completo.

—¡Maldita sea! ¡Se nos paran los motores, Dan!

Las unidades enemigas que se hallaban más próximas -a unos quinientos metros- se lanzaron a toda velocidad hacia el TOPO-K.

Guy había dado toda su potencia al único motor que seguía funcionando, pero la fuerza de éste era insuficiente para conseguir el despegue.

Dan vio cómo se aproximaban tres de los barcos enemigos, en un intento de abordar el avión.

Con gesto decidido empuñó los mandos de las armas frontales del aparato y lanzó una andanada de proyectiles sobre las cubiertas de los barcos enemigos. Éstos cambiaron su rumbo rectilíneo, intentando envolver al aparato y saliéndose de la enfilada de sus armas.

Los pequeños cañones -seis en cada ala- del TOPO-K disparaban incesantemente contra los barcos enemigos, pero la respuesta no se hizo esperar.

Dos columnas de agua se levantaron en el flanco izquierdo del aparato y el ruido de las explosiones los sacudió totalmente.

—¿No puedes despegar todavía?

—No puedo, Dan. Un motor solo no es suficiente y los otros dos se resisten a ponerse en marcha.

Aunque los barcos enemigos disparaban sobre el TOPO-K se veía el propósito de abordarlo sin causarle demasiado daño. El resto de la flota enemiga comenzaba a avanzar, uniéndose a las tres unidades destacadas en vanguardia.

—¡Estamos perdidos, Dan!

Dan se detuvo un segundo a pensar, y luego dio una orden a Guy.

—Pon en marcha los motores a reacción. No tenemos otra salida.

—Pero...

—Ya lo sé, Guy. Los efectos de la aceleración serán terribles. Confío en que tu fortaleza te permitirá conservar el conocimiento.

Los barcos enemigos avanzaban sobre los flancos del aparato,

apartándose del ángulo de tiro de las armas del mismo. Doscientos metros más y conseguirían abordarlo.

Guy maniobró los mandos que ponían en marcha los motores a reacción. Un poderoso silbido se escapó de la parte posterior del TOPO-K y una corriente de gases batió la superficie del mar, levantando una gran columna de espuma.

El TOPO-K tiró con irresistible fuerza, lanzando contra los respaldos de sus asientos a todos los pasajeros.

Como un meteoro se fue deslizando por la superficie del mar, hendiendo frenéticamente las aguas. La sangre se iba agolpando en la cabeza, produciendo un agudo zumbido en los oídos e inyectándose en los ojos, hasta parecer que la cabeza iba a estallar.

Guy miraba fijamente el indicador de la velocidad, esperando el momento propicio para emprender el vuelo. Sus poderosas manos se aferraban a los mandos y su boca se abría ansiosamente, intentando llevar a sus pulmones el aire necesario para contrarrestar el exceso de presión exterior.

Los barcos enemigos habían quedado rápidamente atrás y sus armas disparaban incesantemente contra la fugitiva mole del TOPO-K. Dada la velocidad que iba adquiriendo el aparato hubiera sido un verdadero milagro conseguir un blanco eficaz.

Guy fue accionando suavemente los mandos y el aparato despegó de la superficie del océano, lanzándose hacia las alturas a la velocidad de un cometa.

Dan sentía que iban flaqueándole las fuerzas. Fuertes latigazos de sangre estallaban sobre sus sienes y sentía una opresión en el pecho que le impedía casi por completo respirar. Idénticos fenómenos experimentaban los demás seres que se hallaban en la cabina posterior. Algunos de ellos habían caído al suelo a consecuencia del primer tirón dado por el aparato, y la creciente velocidad les impedía volver a ocupar su asiento. Fue Myriam la primera en perder el conocimiento, le siguió luego el profesor, y, en menos de un minuto, acabaron por perder el conocimiento todos los demás.

Dan se había cogido a los brazos de su sillón, en un esfuerzo desesperado por no derrumbarse sobre sí mismo, pero la situación se fue haciendo más y más insostenible, hasta que perdió el conocimiento.

Guy conservaba todavía su lucidez mental. Sabía cuán importante era que conservara el conocimiento. Si perdía el control del aparato, no sería nada extraño que éste cambiase de rumbo y fuera a estrellarse contra el mar con la fuerza de un obús.

El aparato ascendía verticalmente, dejando tras de sí cuatro poderosas estelas de humo blanco.

Guy notó que se le hinchaban las venas del cuello. El corazón le latía aceleradamente y una espesa cortina rojiza pugnaba por velarle los ojos. Llenó sus pulmones de aire y comenzó a gritar con todas sus fuerzas. La tensión de los músculos de su cuello dificultaba la salida del aire que, agolpándose contra las paredes de la caja torácica, contrarrestaba un poco la terrible presión exterior. Unos hilillos de sangre comenzaron a salir por la nariz y oídos de Guy.

En el fondo de su conciencia brillaba una idea única: resistir.

Guy sabía que era cuestión de tiempo. Un minuto, quizá menos, tal vez unos segundos serían suficientes para que su organismo fuera adaptándose a las nuevas condiciones.

Una pequeña vena de su ojo izquierdo se rompió, derramando un velo de sangre sobre su visión, poco después le sucedió otro tanto, con el ojo derecho y fue ya incapaz de ver nada.

Cada vez se sentía más débil. Había dejado de gritar y toda su energía se concentraba en sus manos, para mantener el rumbo del aparato. Su boca permanecía cerrada y los músculos maxilares se dibujaban perfectamente bajo la piel en un dramático rictus.

Aquel coloso permanecía todavía en su puesto de una manera inconcebible. Su poderosa naturaleza, unida a una voluntad de hierro, estaba realizando un prodigio de resistencia, del que muy pocos hombres en todo el mundo habrían sido capaces.

Un agudo dolor, como el de un afilado cuchillo que penetrara en su costado izquierdo, le hizo retorcer sus facciones en un dramático gesto. Su cerebro le dolía profundamente y parecía latir al ritmo de aquel dolor. Sintió que le abandonaban las fuerzas, que sus manos se iban aflojando sobre las dos palancas de los mandos. Intentó reponerse pero fue inútil. Su poderoso cuello fue doblándose y la cabeza se inclinó sobre el hombro derecho. En un último esfuerzo contrajo todos los músculos de su cuerpo en un espasmo, luego fue relajándose y se sintió hundir en un profundo mar de sombras.

El TOPO-K comenzó a navegar sin gobierno. Lentamente abandonó la vertical y comenzó a describir una amplísima curva. Hacía muchos segundos que había atravesado la barrera del sonido y se proyectaba en el espacio a más de cinco mil kilómetros por hora. Fue describiendo la gran curva y luego se precipitó hacia la lejana tierra, en un descenso de ángulo muy suave.

Guy volvió en sí. Todo su cuerpo era como un inmenso corazón latiendo aceleradamente. La luz que penetraba por la proa del

aparato atravesó la pequeña cortina de sangre que le enturbiaba la vista, y pareció despejar la profunda oscuridad de su cerebro. Durante unos segundos fue incapaz de moverse. Su conciencia le advirtió del peligro e intentó un esfuerzo por recuperar el control de sus facultades. No sabía el tiempo que había permanecido inconsciente, ni conocía la situación del aparato. Abrió su boca e inundó de aire sus pulmones. Sus músculos comenzaron a responder y alargó los brazos, intentando apoderarse de los mandos del avión; cuando lo consiguió se dio cuenta que se encontraban un poco adelantados, lo cual quería decir que el aparato picaba hacia el suelo.

Dio un tirón y el TOPO-K volvió a levantar su proa hacia el cielo.

Un minuto más tarde había conseguido recuperarse casi por completo. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió la sangre de los ojos, consiguiendo ver la trayectoria del aparato. A su lado permanecía Dan y el profesor Kinley, caídos en el suelo y sin conocimiento.

—¡Dan, Dan! —pudo articular por fin.

Dan permaneció inmóvil, totalmente ajeno a la llamada de su amigo.

—No tardarán mucho en recuperarse —susurró Guy a media voz.

Cada vez se sentía más dueño de sus facultades y gobernaba el aparato con mayor precisión.

Durante dos minutos continuó la misma situación; luego, Dan comenzó a removerse en su sitio, hasta que consiguió abrir los ojos.

—¡Ánimo, muchacho! —le alentó Guy—. Todo va bien. Un pequeño esfuerzo y te habrás recuperado.

Dan oía las palabras de su amigo como si vinieran de muy lejos. Durante unos segundos hizo profundas aspiraciones para oxigenar su sangre y que ésta llevara a sus músculos la fuerza necesaria. Se sentó en el suelo y poco después conseguía incorporarse, para dejarse caer sobre el sillón que ocupaba pocos minutos antes.

—¿Cómo van las cosas, Guy?

—Todo va bien. Perdí el conocimiento, pero debí recuperarlo pocos segundos después. El TOPO-K navega perfectamente. Dentro de unos minutos estaremos totalmente adaptados y habrá pasado ya el peligro.

Cuando Dan se sintió con fuerzas suficientes se levantó y acudió en auxilio del profesor. El anciano hombre de ciencia había sufrido terriblemente los efectos de la terrible aceleración del aparato. Su

cara estaba lívida y el corazón le latía débilmente. Dan le desabrochó la camisa y comenzó a friccionarle con energía la región torácica. Un minuto después, el profesor Kinley daba señales de vida.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Dan.

—¿Va reaccionando? —preguntó Guy.

—Sí. Dentro de unos minutos se encontrará bien.

Dan sentó al profesor en el sillón y se dirigió rápidamente hacia la cabina posterior, para ver qué había sucedido a los demás pasajeros.

Cuando abrió la puerta de comunicación se presentó ante sus ojos un dramático panorama. Casi todos los seres habían recobrado el conocimiento, pero sus caras conservaban todavía las huellas de la violencia a que habían sido sometidos sus organismos.

Myriam se encontraba en pie y procuraba atender a los que habían sufrido más duramente. Cuando vio entrar a Dan se dirigió hacia él y cayó en sus brazos.

—Ha sido terrible, querido. Por un momento creí que iba a morir.

—Ya pasó todo, tranquilízate. No pudimos hacer el despegue según lo teníamos previsto, pero ya va todo bien.

—¡Por San Jorge! En la vida me había pasado nada semejante —exclamó Ricardo.

Unos minutos después todos se habían recuperado y celebraban con alegría el feliz resultado de la terrible experiencia.

CAPÍTULO VII

Dan volvió a la cabina de pilotaje, dejando abierta la portezuela que comunicaba a ésta con la cabina general.

El profesor Kinley se había recobrado casi por completo y comenzó a sentirse locuaz.

—Me parece un milagro encontrarme vivo. Cuando Dan dijo que despegáramos empleando los motores a reacción creí que había llegado mi último momento.

—¡Poco ha faltado! —sonrió Guy—. Yo mismo creí que no iba a poderlo resistir.

—Yo estoy demasiado viejo —aseguró el profesor Kinley—. Una aceleración tan súbita pudo dejarnos a todos fuera de combate.

—¿Y qué haremos cuando el aparato sea capaz de alcanzar miles de kilómetros por segundo? —preguntó Ricardo, el cual se había incorporado al grupo de los tres hombres.

—Eso ya no es un problema —respondió el profesor—. El TOPO-K está acondicionado para alcanzar esas grandes velocidades sin que suframos ningún menoscabo.

—Eso no lo entiendo, profesor.

—Las velocidades superiores las alcanzaremos por medio de los motores atómicos. Cuando funcionan esos motores ponen en marcha, a su vez, un mecanismo que anula la fuerza de gravedad, lo cual nos permitirá soportar tranquilamente cualquier velocidad. El problema reside en el despegue, ya que los motores atómicos no pueden actuar hasta que el aparato ha conseguido rebasar los cinco mil kilómetros por hora.

—Me tranquilizan sus palabras, profesor. Ha sido una experiencia terrible.

—Hemos vencido una dificultad más en nuestro camino —intervino Dan—, pero todavía nos esperan mayores dificultades.

—Supongo que el enemigo movilizará su flota aérea, para impedirnos llegar hasta la «Base Titán».

—Supones bien, Guy. Y si es que lo dudas ahí tienes una muestra.

Guy miró hacia la lejanía y divisó una gran cantidad de pequeños puntos que se movían velozmente hacia el TOPO-K.

—¡Son aparatos enemigos!

—Exactamente, Guy.

—¿Quiere decir eso que vienen por nosotros? —preguntó

Ricardo.

—Es de suponer que así sea. Los barcos enemigos han dado la alarma y los hombres de Helikón comienzan a movilizar sus fuerzas aéreas.

—¿Qué podemos hacer mis hombres y yo?

—Nada, Ricardo. Habéis cumplido con vuestro deber y vuestra tarea ha terminado por ahora.

—¿Les harás frente con las armas de nuestro avión? —preguntó Guy.

—No, Guy. Ha llegado la hora de que el TOPO-K demuestre de lo que es capaz. Veremos si teníamos razón al cifrar en él todas nuestras esperanzas.

Los lejanos puntos se iban aproximando, adoptando la apariencia de un gran enjambre de abejas. Según los cálculos aproximados de Dan, el enemigo enviaba contra ellos más de dos mil aparatos.

—Ordéname el rumbo a seguir —dijo Guy.

—Para llegar a nuestro objetivo tenemos que pasar por encima de esa barrera de aviones que, a buen seguro, no será la última que nos tropecemos. Déjalos aproximarse algo más, mientras tanto, pon en marcha los motores atómicos para que se vaya alcanzando la máxima intensidad del campo magnético que crearán.

Guy obedeció las instrucciones de Dan y, con el auxilio del profesor, fue accionando los complicadísimos mecanismos.

—Todo en orden.

—¿Qué intensidad hemos conseguido?

—Cero coma ochenta y cinco —contestó el profesor, después de consultar un instrumento.

—Creo que es suficiente —respondió Dan—. La unidad total sólo puede interesarnos en cruceros de grandes distancias.

Mientras Guy y el profesor habían realizado estas acciones, la primera oleada de aparatos enemigos se acercó considerablemente al TOPO-K.

Tres de los aviones proyectaron unos poderosos haces luminosos sobre la estructura de la nave interplanetaria, consiguiendo barrerla de proa a popa. .

El TOPO-K quedó envuelto en aquellos chorros de luz y la temperatura interior subió considerablemente.

—Estas paredes están quemando. ¡Por San Jorge! Por poco se me quema la chaqueta.

—Son rayos calóricos. Nuestro aparato está construido para resistir grandes temperaturas, muy por encima de los cuatro mil

grados de la barrera del calor —aseguró el profesor—. Sin embargo considero peligroso el permitir a los hombres de Helikón que hagan blanco en nuestra nave.

—Estoy de acuerdo, profesor. Probablemente disponen de otras armas de mayor eficacia —asintió Dan.

—¿Lo intento, Dan?

—Sí, Guy. Vamos a acelerar el aparato en unidades cósmicas.

Guy cogió una palanca que tenía a la izquierda y la fue bajando lentamente, hasta oír un pequeño chasquido.

—Esto marcha.. Hemos conseguido los mil kilómetros por segundo.

Un sordo rumor, como el de un débil chirrido, inundó la cabina de pilotaje. El TOPO-K había dado un poderoso salto en el aire, sin que los tripulantes del aparato hubieran sufrido la menor molestia.

—El dispositivo de compensación funciona admirablemente —comunicó el profesor.

Los aparatos adversarios fueron sorprendidos por la inesperada maniobra de la astronave. Cuando quisieron poner sus motores a toda su potencia, el TOPO-K era un punto apenas visible en la lejanía.

—Ya no conseguirán alcanzarnos —murmuró Dan—. Aun suponiendo que entre esos aviones vaya alguna escuadrilla de vuelo interplanetario, no podrán alcanzarnos.

—Lo más probable es que comuniquen a sus bases terrestres nuestras condiciones de vuelo —apuntó Guy—. La próxima vez no los sorprenderemos.

—Mucha prisa tendrán que darse si quieren impedirnos el acceso a la «Base Titán» —dijo el profesor.

Dan estaba inclinado sobre un mapa celeste, intentando determinar la posición exacta de la base enemiga, al objeto de marcarle a Guy el rumbo preciso.

—Dos grados a la derecha, Guy.

El hercúleo piloto obedeció la orden de Dan y el TOPO-K viró suavemente.

—Ahora en línea recta. En poco tiempo llegaremos hasta la «Base Titán».

El TOPO-K había penetrado en territorio americano y cruzaba a toda velocidad en dirección norte.

Guy manejaba con precisión matemática el aparato, siguiendo las instrucciones y referencias que le daba su amigo; mientras tanto el profesor Kinley intentaba regular el visor telescópico, bajo la curiosa mirada de Ricardo.

—¡Ya está a la vista! ¡Ya está!

Era la voz del profesor Kinley que había conseguido localizar con sus instrumentos la lejana base de represión de los hombres de Helikón.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Dan.

—Sí, Dan. De las plataformas de protección está despegando gran cantidad de aparatos enemigos. Deben haber sido advertidos de nuestra marcha hacia la base.

—¿Qué haremos? ¿Combatiremos con ellos, Dan?

—No tendremos más remedio que hacerlo. Ahora están advertidos y ya no cejarán en su vigilancia. Necesitamos tiempo para destruir totalmente la «Base Titán», y ese tiempo sólo lo tendremos si conseguimos deshacernos de esos aviones.

—Dudo que lo consigamos —pronosticó Guy—. Los doce cañones de tiro rápido de nuestra nave no son nada en comparación de las armas de que disponen esos aviones. La idea de combatir me parece descabellada.

Dan guardó silencio ante las razonables palabras de su compañero. El TOPO-K estaba dotado para realizar viajes interplanetarios, también podía causar grandes destrucciones por medio de sus torpedos atómicos; pero el equipo para combatir con aparatos de características semejantes resultaba totalmente ineficaz.

La gran velocidad de los aviones contendientes les había hecho aproximarse considerablemente. Los aparatos enemigos salían decididos a dar caza a la nave de los terrestres.

—Dé toda la intensidad al campo magnético, profesor.

El profesor maniobró en el cuadro de mandos y dio una referencia.

—Unidad total de intensidad alcanzada.

—Tú, Guy, dirige el aparato en vuelo vertical.

—De acuerdo, Dan.

El TOPO-K varió su rumbo y comenzó a elevarse a toda velocidad. Los aparatos contrarios modificaron asimismo su trayectoria y se lanzaron a una loca persecución de la nave interplanetaria, pero el TOPO-K, atravesando el espacio según una línea «geodésica», fue adquiriendo una creciente ventaja sobre sus enemigos.

Durante varios minutos continuó aquella desenfrenada carrera, hasta que la distancia que separaba a los adversarios fue tan grande, que éstos abandonaron la persecución.

—¿Quieres decirme qué es lo que perseguimos con nuestra maniobra? —preguntó Guy.

—De momento que cesen de perseguirnos los aparatos enemigos.

—Eso ya lo hemos conseguido, pero no creo que resuelva la situación. Nuestro problema no consiste en zafarnos de la persecución de nuestros adversarios sino en poderles atacar y derrotarlos.

—Como tú has dicho bien nuestras armas son poco eficaces para combatir contra un número tan crecido de aviones enemigos.

—Su táctica es bien sencilla —intervino Ricardo—. Procurarán mantenernos alejados de la «Base Titán». Tal vez no consigan darnos caza, pero ése es un problema de segunda importancia.

—Lucharemos contra esos aviones y los venceremos —afirmó Dan, con aire decidido.

Guy, el profesor y Ricardo guardaron silencio ante la afirmación de su amigo y le miraron con ojos interrogadores.

—Os diré en qué baso mi afirmación. Nuestras armas de combate son prácticamente ineficaces, pero no así nuestras armas de destrucción.

—¿Te refieres a los torpedos aéreos?

—Precisamente, Guy.

—¿Y qué tienen que ver con nuestro problema?

—Si conseguimos hacer estallar uno de estos torpedos en medio de esa masa de aviones enemigos, estoy seguro de que los destruiríamos totalmente.

—¿Quién lo duda? —intervino el profesor—. Estoy de acuerdo contigo, pero no sé cómo puedes conseguir eso.

—Mi plan es el siguiente: la velocidad de esos torpedos en el aire es muy inferior a la de nuestro propio aparato.

—De acuerdo. ¿A qué conclusión quieres ir?

—Podíamos intentar una maniobra arriesgada pero que tal vez nos conceda la victoria. Llamaremos la atención de nuestros enemigos, de forma que se concentren sobre nosotros; pero antes habremos disparado uno de esos torpedos y nos pondremos delante, de forma que el enemigo no pueda percatarse de la maniobra. Cuando nos encontremos cerca picaremos a toda velocidad, dejando paso al torpedo atómico para que haga explosión en medio de nuestros enemigos. Si calculamos bien la distancia y las velocidades respectivas del torpedo, del TOPO-K y de los aviones contrarios, podemos tener éxito.

—Ya te comprendo, Dan. La operación es muy arriesgada; aunque creo que vale la pena correr el riesgo.

—Si nuestros cálculos son exactos podemos obtener una gran victoria —intervino el profesor Kinley—. El único peligro estriba en

que el torpedo estalle antes de lo previsto.

—Ese peligro está descartado, profesor. Pues no emplearemos una espoleta graduada sino que lo haremos estallar por radio.

—Ésa es la solución, muchacho. Le adaptaremos un pequeño equipo de control y así podremos hacer estallar el torpedo a voluntad nuestra.

—Ése ha sido el motivo por el cual he querido deshacerme de la enojosa compañía de los aparatos adversarios.

—Entonces, manos a la obra.

—Antes diremos a Myriam que nos sirva algo de comer. Creo que todos necesitamos reponer nuestras fuerzas.

Myriam, que había estado escuchando la conversación por la entreabierta puerta, intervino.

—Me parece muy acertada tu idea, Dan. Todos estamos desfallecidos. Prepararé algo de café y repartiré algunos víveres en frío.

—Tú, Guy, vuela en un gran círculo mientras preparamos todas las cosas.

—De acuerdo. Y dile a Myriam que me sirva ración doble. ¡Sería capaz de comerme un toro!

Myriam llamó a dos de los hombres que permanecían en la cabina especial y se dispuso a cumplir lo prometido.

Dan y el profesor Kinley se enfrascaron en una interminable serie de operaciones, al objeto de determinar exactamente las condiciones en que debía realizarse la delicada operación.

CAPÍTULO VIII

El TOPO-K avanzaba en dirección a la barrera protectora de la «Base Titán». En el visor telescópico se perfilaba claramente la lejana silueta del mortífero ingenio, como asimismo el enjambre de aviones que volaban incesantemente alrededor de la misma.

—Ahora vamos en línea recta hacia nuestros enemigos. Mantén el rumbo, Guy.

—Hemos quedado en que tú me darás la orden para cambiar de rumbo y acelerar.

—Sí, Guy. Cuando llegue el momento oportuno, yo te lo diré.

—¿Lanzamos ya el torpedo? —preguntó el profesor.

—Ya podemos hacerlo. En el mismo momento del lanzamiento acelerará Guy para ponerse delante del mismo.

El profesor hizo unos cálculos y se dispuso a realizar la operación.

—Ya está la conexión por radio. Voy a hacer el lanzamiento. Clave: tres, dos, uno, cero.

—Clave para ti, Guy: cero, uno, dos, tres.

—Estoy dispuesto —contestó Guy.

—Vamos allá —dijo el profesor—. Tres.

—Cero —replicó en el acto Dan.

—Dos.

—Uno.

—Uno.

—Dos.

—Cero.

—¡Tres! —gritó Dan casi instantáneamente.

El profesor pulsó un botón verde que tenía bajo su mano derecha y, al mismo tiempo, Guy aceleró suavemente el aparato.

La mayor parte de los audaces expedicionarios se había agolpado a la puerta de comunicación, con el aliento suspendido y la mirada llena de anhelo.

El profesor Kinley y Dan habían realizado minuciosamente los cálculos necesarios para llevar a cabo aquel acto, pero si se habían equivocado no volverían a tener una oportunidad de rectificar. El torpedo atómico llevaba una carga capaz de desintegrar al TOPO-K con todos los que en él iban.

Pasaron unos segundos y nada vino a turbar la normalidad del vuelo.

—¡Ya lo tengo! —gritó el profesor Kinley—. El control de la carga da la señal en mi cuadro de mandos.

Una lucecita roja latía suavemente en el negro cuadro de mandos que manejaba el profesor Kinley.

—Debemos haberlo dejado muy atrás —dijo Dan, después de observar la oscilación de la luz roja.

—Quizá he acelerado demasiado —repuso Guy.

—Voy a verlo —afirmó Dan—. Iré al observatorio de cola y procuraré localizar el torpedo. Pon en marcha el teléfono interior.

Guy conectó el circuito del teléfono interior, mientras Dan atravesaba el cuerpo principal del TOPO-K, para situarse en el observatorio posterior.

Los rayos de luz solar se reflejaban sobre la bruñida arquitectura del torpedo, mostrándolo como un lejano punto brillante.

—El torpedo se encuentra a unos diez mil metros de distancia, Guy. Ve frenando el aparato hasta que consigamos situarlo a pocos metros de la cola,

—De acuerdo, Dan. Tú, me darás las indicaciones necesarias.

—Ten mucho cuidado, Guy. Un pequeño error podría producir una catástrofe. El torpedo avanza con toda la potencia de sus motores a reacción. Disminuye la velocidad en cien kilómetros por hora.

Guy actuó como le ordenaba Dan y éste precisó, por medio de un televisor, el avance del artefacto.

—Cien kilómetros menos —volvió a ordenar.

De esta manera fueron reduciendo la distancia entre el TOPO-K y el torpedo aéreo, hasta que éste se encontró a unos ochenta metros de la cola.

—Mantén la velocidad, Guy, ¡por lo que más quieras! Un pequeño frenazo del aparato y el torpedo nos destrozaría.

—Me hago cargo —contestó la voz de Guy—. Espero, que a ti tampoco se te escape el vigilar a ese endemoniado artefacto.

—No te preocupes, Guy. Esperamos que el escorpión no clave su mortífero estilete en su propio cuerpo.

Durante un largo minuto continuó aquella situación. El aparato pilotado por Guy iba acercándose a la ingente masa de aviones contrarios, los cuales, habiéndose apercibido de la presencia enemiga, se disponían en orden de combate para intentar derribarlo. Una gran oleada de aviones ocupaba posiciones frente al TOPO-K, mientras que otras dos, de unos quinientos aparatos cada una, lo hacían a mil metros por encima y por debajo de los aparatos que ocupaban la posición central.

—Quieren lanzarse contra nosotros desde tres puntos distintos —comunicó Guy, haciendo una detallada descripción de las posiciones ocupadas por el enemigo.

—Eso nos conviene, muchacho —contestó Dan—. Tú sigue la trayectoria que te lleva a la línea central. Si nuestra maniobra sale bien, el torpedo estallará sobre esa línea y abarcará a las otras dos.

Las distancias se fueron acortando y el profesor calculó el tiempo que tardarían en encontrarse en la posición adecuada de tiro.

—Dentro de veinte segundos nos hallaremos en el momento ideal para hacer el disparo —dijo el profesor por el teléfono interior.

—Usted le dará a Guy la orden de iniciar el picado —contestó Dan.

El profesor fijó sus ojos en el reloj del cuadro de mandos y fue contando los segundos.

—¡Ahora! —gritó.

Guy picó en ángulo muy cerrado, en el preciso instante en que los aviones enemigos barrían el cielo con los disparos de muchas y muy diversas armas.

El TOPO-K, acelerado al máximo, se hundía en dirección a la Tierra, poniendo una gran distancia entre él y sus enemigos.

El profesor Kinley comenzó a contar los segundos necesarios para que el torpedo aéreo alcanzara las filas enemigas y asió con mano firme la palanca de contacto que lo haría estallar.

—¡¡Quieto, profesor!! ¡No haga la conexión de disparo!

La voz de Dan había llegado a los oídos de todos los que ocupaban la cabina de pilotaje y su timbre de angustia sobrecogió sus corazones.

El profesor Kinley detuvo instantáneamente su mano, medio segundo antes de bajar la palanca.

—¿Qué sucede, Dan?

—No haga el disparo todavía —contestó la voz de Dan algo más serena.

—¿Te pasa algo? —preguntó Guy.

Dan tardó algunos segundos-en contestar, luego, con voz totalmente serena transmitió una asombrosa noticia.

—No hemos podido despegarnos del torpedo.

Aquellas palabras de Dan conmovieron a todos los que las escucharon.

—¿Qué dices? —preguntó el profesor.

—Es cierto, profesor. El torpedo nos ha seguido en nuestra

nueva trayectoria, acelerando la velocidad de la misma manera que lo hemos hecho nosotros.

—¡Por San Jorge! —exclamó Ricardo—. Esto me recuerda aquello del hombre que construyó una casa y se olvidó de hacer una puerta para salir, quedándose encerrado dentro.

—Venga usted, profesor. Tú, Guy, pon el aparato en vuelo horizontal y procura mantenerte fuera del alcance de nuestros enemigos.

El profesor aseguró la palanca de contacto y se deslizó a lo largo del aparato, hasta llegar al observatorio donde se encontraba Dan.

—¡Mire, profesor!

El viejo sabio miró hacia el punto señalado por Dan y divisó perfectamente la silueta del torpedo aéreo.

—¿Qué demonios puede haber sucedido?

—Quizá nos hemos alejado mucho de la línea de gravedad de la Tierra. Nuestro aparato es la mayor masa gravitatoria que se halla en las proximidades del torpedo.

El profesor guardó silencio unos instantes y luego tomó la palabra.

—No, Dan. Esa hipótesis no es cierta. Aunque estamos muy lejos de la Tierra no somos la única masa gravitatoria que hay por aquí. El Sol domina todo este campo desde el punto de vista gravitacional. No es eso, no.

—Entonces, a qué puede obedecer este fenómeno.

El profesor no contestó a la pregunta y procuró concentrarse. Las venas de la frente comenzaron a hinchársele a consecuencia de la presión mental a que sometía su cerebro. Dan guardó silencio para no romper la concentración del anciano.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —dijo el profesor mientras se golpeaba la palma de la mano izquierda con el puño derecho—. ¡Es sencillísimo!

Dan miró con ojos interrogadores, en espera de una aclaración.

—Está claro, muchacho. El TOPO-K avanza gracias al campo magnético creado por los motores atómicos y el torpedo aéreo ha caído bajo la influencia de este campo magnético.

—¡Ya lo comprendo! La cosa tiene una explicación clarísima.

—Para deshacernos de ese molesto compañero tendremos que parar los motores atómicos. Por mucho que aceleráramos nuestro aparato no conseguiríamos desprendernos de él, ya que su velocidad no depende de sus motores a reacción sino de la nuestra misma.

La voz de Guy se dejó escuchar por el altavoz.

—Os estoy escuchando, Dan. ¿Crees que tiene solución nuestro problema?

—Sí, la tiene. Procura no aminorar la velocidad del TOPO-K ni un solo metro, pues el torpedo chocaría con nosotros.

—De eso ya me he percatado y mantengo al aparato a la misma velocidad.

—Quédese usted aquí, profesor y vigile la posición del torpedo. Yo iré junto a Guy, para indicarle la maniobra.

En pocos segundos Dan alcanzó la cabina de pilotaje y se sentó junto a su amigo.

—Tenemos que continuar esta situación hasta que volvamos a enfrentarnos con nuestros enemigos. Entonces realizaremos nuevamente la maniobra, pero esta vez desconectarás los motores atómicos en el mismo instante en que entres en picado. Ahora la maniobra es más difícil, pues el retraso de una décima de segundo puede producir la colisión entre el TOPO-K y el torpedo.

—Me doy perfecta cuenta de la situación. Al desconectar los motores perderemos velocidad, y en esa fracción de segundo puede alcanzarnos el torpedo si el picado no se sincroniza con la desconexión de los motores.

—Lo has entendido maravillosamente. Ahora maniobra sin disminuir la velocidad, para buscar de nuevo a nuestros enemigos.

Guy comenzó a maniobrar con el aparato, intentando localizar a los aviones enemigos. La velocidad adquirida por el TOPO-K hacía un tanto difícil la maniobra, pero la gran pericia de Guy le hacía salvar los obstáculos que se le presentaban al manejo del avión.

—Lo peor del caso es que los virajes tienen que realizarse sobre una gran curva, circunstancia que impone la gran velocidad que llevamos.

—Ya lo comprendo, Guy, pero una leve disminución de la velocidad produciría una catástrofe inevitable.

Guy fue describiendo amplísimas curvas hasta encontrarse en la posición necesaria.

—Según mis instrumentos, ahora podemos ir en línea recta hacia la barrera de aviones contrarios.

—¿Cómo van las cosas por ahí, profesor?

—Todo sigue igual, Dan. El torpedo está situado a unos ochenta-metros de nuestra cola y nos sigue como si fuera un perro fiel.

—Jamás creí que viajaría con semejante compañero —comentó Guy.

Myriam, Ricardo y los demás hombres guardaban un absoluto silencio, plenamente convencidos de la gravedad de la situación.

Dan sonreía de vez en cuando a su mujer para infundirle alientos y Myriam procuraba mostrar su rostro sereno, que contribuía a devolver a Dan la confianza en sí mismo.

Por fin volvieron a encontrarse en la situación apropiada para despegarse de la molesta compañía.

Apenas los aviones contrarios vieron aproximarse al TOPO-K, el núcleo que constituía la fila inferior de la barrera picó profundamente, al objeto de evitar una maniobra semejante a la que había realizado el TOPO-K en la ocasión anterior.

Dan consultaba los instrumentos que tenía ante sí, calculando con precisión el momento oportuno.

—Preparado, Guy. Al mismo tiempo que desconectas los motores vira hacia la izquierda en el ángulo más cerrado posible. Nuestros enemigos intentan interceptar tu picado.

—Estoy preparado.

—¡Ahora! —dijo Dan, al mismo tiempo que posaba su mano sobre el contacto de radio.

Guy procedió con la admirable rapidez de reflejos que había hecho que se le considerase, hacía diez años, como uno de los mejores pilotos del mundo. Mientras con la mano izquierda desconectaba los motores, con la derecha accionaba la palanca de los timones, obligando al TOPO-K a un violento viraje. La voz del profesor sonó inmediatamente por el altavoz.

—¡Lo hemos conseguido! El torpedo se ha separado de nuestra cola y marcha en dirección al enemigo.

Guy volvió a conectar los motores y acentuó el ángulo de fuga, comunicando al aparato el máximo de aceleración.

Dan contaba los segundos que había calculado para hacer explotar al torpedo por medio de la onda de radio. Transcurrido el último segundo pulsó el botón de la conexión. Aunque el TOPO-K se había alejado una tremenda distancia del lugar de la explosión, todavía llegó hasta los hombres que estaban en la cabina de pilotaje el destello deslumbrador de la misma.

Guy había completado la maniobra y el avión se dirigía de nuevo hacia el lugar que ocupaban las astronaves enemigas.

—Creo que hemos tenido éxito —comentó Dan.

Las ondas luminosas se fueron alejando rápidamente del lugar donde se habían producido, mostrando a los terrestres la inmensa soledad del espacio.

—¡No ha quedado ni uno! —murmuró Guy.

—El blanco ha sido perfecto —comentó el profesor, que entraba en aquel momento en la cabina—. El proyectil ha debido estallar en

medio mismo de la masa de aviones enemigos, desintegrándolos por completo.

—No podemos perder ni un solo segundo —dijo Dan—. Otros aparatos pueden venir desde otras bases. Hemos conseguido abrir el camino y hay que aprovecharlo. ¡A la «Base Titán»!

CAPÍTULO IX

El camino estaba despejado y Dan podía precisar con todo detalle la extraña plataforma celeste, a la que los hombres de Helikón llamaban «Base Titán». El visor telescópico del TOPO-K mostraba detalladamente este maravilloso y mortífero ingenio, desde el cual los hombres de Helikón podían destruir la vida sobre la superficie de la Tierra.

—Mire usted, profesor.

El profesor miró a través del maravilloso instrumento óptico y lanzó un gruñido significativo.

—¡Hum…! Esos grandes espejos quieren decir algo.

—¿No cree que son una parte fundamental del arma empleada por los odiosos invasores de la Tierra?

—Eso creo, muchacho. Siempre tuve la sospecha de que eran rayos cósmicos los empleados por esos diablos para conseguir las grandes destrucciones conque han castigado a la Tierra en distintas ocasiones.

—Ésa es la conclusión a la que estoy llegando —aseguró Dan—. Esos grandes espejos cóncavos que se ven a través del visor telescópico, me hacen llegar a dicha conclusión. Su gran superficie curva concentra en el centro del casquete esférico poderosos haces de rayos cósmicos que, reflejados sobre la Tierra, provocan la destrucción y la muerte más absolutas.

—Hubo un tiempo —dijo el profesor—, en que los alocados gobiernos de la Tierra suspiraban por un arma semejante. Se gastaron muchos millones en intentarlo pero, afortunadamente, el fracaso más rotundo coronó esta difícil empresa.

—¿No temes, Dan, que consigan destruirnos a nosotros antes de que nos encontremos en una posición adecuada de tiro?

—No, si tú mantienes el máximo de velocidad. El TOPO-K, gracias a su «trayectoria geodésica» avanza a una velocidad que prácticamente resulta algo superior a la de la luz. En cierto modo somos invisibles.

—¡Por San Jorge, Dan! —exclamó Ricardo al oír aquellas palabras—. Creí que ya no sería capaz de asombrarme después de haber visto tantas cosas extraordinarias como he visto desde que salí de mi querida tierra, pero eso que dices…

—No es nada asombroso, Ricardo. Las cosas no son visibles por sí mismas, sino por la luz que reflejan. Nuestro aparato viaja más

velozmente que la luz y, por lo tanto, llegaremos a la «Base Titán» al mismo tiempo o antes que la luz que nos ilumina. Es un fenómeno parecido al de los aviones supersónicos por todos conocidos. Llevando el avión una velocidad superior a los 340 metros por segundo, que es la velocidad del sonido, puede llegar hasta su objetivo sin que la onda sonora lo delate, oyéndose el ruido producido por el avión después que éste ha pasado.

—Eso es verdad. Yo mismo he podido comprobarlo muchas veces —dijo convencido Ricardo.

—Esa circunstancia nos permitirá llegar hasta las proximidades de la «Base Titán» sin que sus servidores lancen contra nosotros el mortífero poder de sus rayos.

El TOPO-K continuó su rapidísimo avance en dirección a su objetivo.

Diez largos y horribles años, mil angustiosas aventuras, ilimitada paciencia y sacrificios incalculables estaba a punto de dar su fruto. La destrucción de la «Base Titán» sería la señal para la insurrección de todos los pueblos de la Tierra. El poder de los invasores disminuiría en un noventa por ciento cuando la amenaza de aquel terrible ingenio hubiera dejado de existir. Aunque sus otras armas eran poderosas nada podían significar contra tres mil millones de seres dispuestos a lanzarse con todo el ímpetu de su corazón para reconquistar la libertad perdida.

Una confusa mezcla de encontrados sentimientos inundaba el corazón de todos los seres que componían aquella fantástica expedición, de la que se hablaría eternamente en toda la superficie del planeta. Diez años con una obsesión única, con una única esperanza: volver a ser libres.

Las viejas discordias entre los hombres habían perdido su significación, la ambición o el odio ya no tenían sentido, y en el corazón de todos los seres de la Tierra había crecido durante aquellos terribles diez años un espíritu de comprensión, solidaridad y justicia que parecía haberse esfumado antes de que los hombres de Helikón pusieran su siniestra planta sobre la Tierra.

Dan pensaba paradójicamente que los hombres de Helikón no habían significado la ruina de la Tierra, sino su salvación. La verdadera ruina estaba en la furiosa soberbia de los hombres, en la desmedida ambición, en la orgullosa incomprensión y la falta de caridad. Todo aquello había sido aniquilado por la despiadada invasión de los hombres de aquel pequeño planeta, que un día aparecieron sobre el cielo terrestre como una nueva plaga bíblica, enviada por Dios para castigar los pecados del mundo.

Terrible había sido el precio pagado para que el hombre reconquistara su dignidad de ser supremo de la Creación, pero aun resultaba un bajo estipendio si, por fin, conseguía el hombre rescatar su alma.

La «Base Titán» se encontraba a pocos segundos de vuelo.

—Preparados para el lanzamiento, Guy. Mantén tu rumbo y vira en redondo cuando yo haga el disparo.

—Lo haré como tú me dices. Cuando oiga tu orden derivaré hacia la izquierda y me apartaré a toda velocidad del objetivo.

—Si hacemos el disparo antes de llegar a la «Base Titán», evitaremos que el enemigo pueda interceptarnos con sus armas. Los torpedos aéreos se estrellarán contra ese maldito ingenio antes de que sus servidores puedan reaccionar.

Myriam había cruzado sus manos y musitaba fervorosamente una oración por el buen éxito de la empresa.

—Usted, profesor, me dará el tiempo del disparo.

—Así lo haré, muchacho —dijo el profesor con voz emocionada —. Diez segundos antes de alcanzar la posición de tiro contaré en voz alta.

—De acuerdo, profesor.

El profesor Kinley manejaba con suma atención los complicados aparatos que le indicaban el avance hacia la posición de tiro. Todos guardaban un profundo silencio y sólo se escuchaba el fervoroso rumor que salía de los labios de Myriam.

—Prepárate, Dan —advirtió el profesor.

—Estoy preparado.

Mientras Dan pronunciaba estas palabras, sus manos se posaron sobre diez de los veinticinco botones de color verde que tenía frente a sí. Cada uno de aquellos botones disparaba simultáneamente diez torpedos atómicos, capaces de destruir totalmente la «Base Titán».

—¡Atención! —gritó el profesor.

Dan tensó los músculos de sus brazos, dispuesto a presionar los botones que tenía bajo sus dedos.

—Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡Cero!

Dan apretó con fuerza sus diez dedos, como si tocara un poderoso acorde sobre el terrible órgano de la muerte.

—¡Vira en redondo, Guy!

Guy obedeció automáticamente la orden y desvió al TOPO-K de la trayectoria que seguía. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente, a consecuencia de la gran tensión nerviosa que estaba experimentando.

El TOPO-K se desvió lateralmente mientras que cien pequeños y terribles torpedos atómicos avanzaban a toda la velocidad de sus motores a reacción contra la «Base Titán», que tantas veces había sembrado la muerte sobre la Tierra.

—Dirige el avión hacia arriba —ordenó Dan.

Guy maniobró hábilmente y el TOPO-K ganó altura a infinita velocidad.

Después de unos segundos se escuchó la voz del profesor.

—Creo que ya estamos fuera del alcance de los efectos de la explosión.

—Retarda el vuelo —ordenó Dan—. Tendrán que pasar unos segundos antes de que llegue hasta nosotros la luz de la explosión.

Guy fue retardando el vuelo hasta reducir la velocidad a su centésima parte.

—Ahora vuela en círculo.

Todos los que componían la expedición miraban a través de las secciones transparentes del fuselaje, hacia el lejano punto que debía ocupar la «Base Titán». La distancia era demasiado grande para que pudiera verse el increíble ingenio que había construido el odio de los hombres de Helikón.

Pasaron unos segundos y, de pronto, llegó hasta los ojos de todos el inmenso destello de la cegadora explosión.

Los torpedos aéreos habían conseguido hacer blanco en su objetivo y un blanquísimo fulgor centelleó durante más de un minuto ante los conmovidos y silenciosos espectadores de aquel inmenso drama, cuya magnitud sólo era comparable a la inmensidad cósmica que servía de escenario a la tragedia.

—Por Charlie —murmuró Guy, con voz queda.

Cuando cesó el poderoso centelleo, la «Base Titán» había desaparecido del espacio celeste, totalmente desintegrada.

Dan ordenó regresar hacia el lugar donde se había producido la terrible explosión. Ni el más ligero vestigio quedaba como muestra de lo que fue máxima expresión del siniestro poder de los invasores.

Pasados los primeros minutos de estupor reaccionaron todos los seres que habían sido testigos de la catástrofe, y se abrazaron efusivamente, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Ahora vamos hacia las montañas de mi tierra, Dan —dijo Ricardo, con un temblor emocionado en la voz—. Allí encontraréis un refugio y un calor humano que os hará olvidar todas las amarguras pasadas. Dicen que el sol es el mismo para todos, pero cuando veas el de mi tierra no te creerás semejante cosa.

—Sí, Ricardo. Ahora iremos a tu noble tierra para esperar el

momento propicio en que toda la Humanidad se levante contra sus opresores. La «Base Titán» ha desaparecido y el sol empieza a iluminar el camino de la libertad.

—Varíe el rumbo dieciocho grados E-S-E —dijo el profesor Kinley a Guy—. Creo que me sentará maravillosamente el sol de España.

Myriam se acercó a su esposo y éste pasó cariñosamente sus brazos alrededor de su cintura.

—Enjuga tus lágrimas, querida. Dentro de poco volveremos a tener un hogar.

F I N

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

81 -- *“Ellos” están aquí* -- George H. White
82 -- *El enigma del C.O.E.* -- Profesor Hasley
83 -- *La gran amenaza* -- Profesor Hasley
84 -- *Los mares vivientes de Venus* -- Karel Sterling
85 -- *¡Piedad para la Tierra!* -- George H. White
86 -- *Despertar en la Tierra* -- Larry Winters
87 -- *El mundo perdido* -- Larry Winters
88 -- *La sinfonía cósmica* -- Profesor Hasley
89 -- *El hombre de ayer* -- Profesor Hasley
90 -- *Lance King: Pionero del tiempo* -- Karel Sterling
91 -- *La muerte flota en el vacío* -- C. Aubrey Rice
92 -- *Cuarta dimensión* -- Profesor Hasley
93 -- *¡Luz sólida!* -- George H. White
94 -- *Hombres de titanio* -- George H. White
95 -- *¡Ha muerto el Sol!* -- George H. White
96 -- *Exilados de la Tierra* -- George H. White
97 -- *El imperio milenario* -- George H. White
98 -- *Topo-K* -- Profesor Hasley
99 -- *El fin de la Base Titán* -- Profesor Hasley

PASARON DE LA LUNA

Tan original como las anteriores, ésta es una nueva novela de

C. AUDREY RICE

el autor que se supera en fantasía en cada obra que produce.

PASARON DE LA LUNA

desarrolla el cómo, en principio, aquella expedición había tenido por meta la Luna y, sin embargo, la vida de dos indefensos seres humanos corría el peligro de ser absorbida por el vacío, hasta que el profesor Tankard decidió acudir en su ayuda.

PASARON DE LA LUNA

y fueron a parar a una insospechada región extraterrestre donde cuatro hombres llevaban a hombros una astronave como si fuera un ataúd.

PASARON DE LA LUNA

es la extraña historia de un hombre que supo vencer los extraordinarios obstáculos que, de forma inopinada, se le presentaron.
Véalo en el próximo número de la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** pesetas.